

Guillermo Davinson Pacheco
y Maritza Vera Peña

LA ESCUELA RURAL DE COPIHUELPE

Ariadna
ediciones



**ESCUELA RURAL DE COPIHUELPE:
UN SIGLO EN LA MEMORIA
VECINAL**

Escuela rural de Copihuelpe: un siglo en la memoria vecinal

Guillermo Davinson Pacheco, Maritza Vera Peña

Ediciones Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades

Sometido a proceso de evaluación mediante referato externo

Av. Francisco Salazar 01145, Casilla 54-d, Temuco

Decano: Dr. Luis Nitrihual Valdebenito

Coordinadores Ediciones: Luis Abarzúa Guzmán, Cristian Alister Sanhueza

Departamento de Trabajo Social

Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad de La Frontera

Santiago de Chile, noviembre 2025

Primera edición

ISBN: 978-956-6276-78-4

Ariadna Ediciones

ariadnaediciones.cl/

<https://doi.org/10.26448/ae9789566276784.159>

Portada, diseño y diagramación: Matías Villa Juica.

Obra bajo Licencia Creative Commons



Ariadna Ediciones postula y/o indexa su producción en Repositorio ANID (solo proyectos con folios FONDECYT u otras agencias de financiamiento chilenas), Book Citation Index (sólo en inglés), ProQuest, OAPEN, ZENODO, HAL Archives Ouvertes, DOAB, Digital Library of the Commons, SSOAR, Open Library (Internet Archive) Catalogue du Système Universitaire de Documentation (SUDOC, Francia); UBL (Universidad de Leipzig).

Impreso en Talleres Gráficos LOM.

ESCUELA RURAL DE COPIHUELPE: UN SIGLO EN LA MEMORIA VECINAL

Guillermo Davinson Pacheco
Maritza Vera Peña

Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Trabajo Social
UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA



Índice

Presentación	9
Introducción	11
Contexto etnográfico: algunos datos	17
Orígenes, infraestructura y recuerdos	23
Viajes de ida y regreso: la otra escuela	37
Recreos y alimentación: recuerdos que más se recuerdan	49
Escuela y capilla	63
Conclusiones	73
Bibliografía	79
Agradecimientos	83
Anexos	85

Presentación

Esta publicación es resultado de muchos esfuerzos. Fue una iniciativa propuesta por algunos vecinos y vecinas de Copihuelpe, buscando sistematizar recuerdos de sus experiencias vitales vinculadas a lo que es ahora, la añosa escuela rural de esa localidad. Así, surgía un genuino interés por preservar este patrimonio cultural, a lo menos en una publicación, constituyendo para esta comunidad un impulso para contribuir con los insumos del recuerdo y poder materializar este trabajo.

La memoria comunitaria de las familias locales se hizo agudamente presente, ante las evidencias de riesgo de extinción material de este inmueble que, pese al paso centenario de los años, se resiste a desaparecer del paisaje cotidiano y simbólico de estos vecinos/as, y que sigue siendo testigo, del sentido vital proporcionado por esta escuela rural a varias generaciones de lugareños de Copihuelpe y alrededores.

En ese espíritu, la importancia de estas líneas se basa en la necesidad de plasmar en un testimonio escrito y gráfico una versión de la historia escolar y comunitaria de esta localidad rural de La Araucanía. Así entonces, estas páginas fueron posible gracias a la importante colaboración de la Universidad de La Frontera, específicamente del Departamento de Trabajo Social y del Programa de apoyo académico a estudiantes Mapuche (Rüpi) de esa casa de estudios.

Por último y no por ello menos importante, es una invitación a conocer parte de la historia de esta escuela rural, que, como muchas otras, forjaron el temple de generaciones de hombres y mujeres de un pasado reciente; y que hoy sus descendientes, luchan cotidianamente por la visibilización de este mundo rural, espacio para ellos irrenunciable de sus proyectos vitales, que demanda por sus necesidades y sueños en la construcción de un Sur, más humano y justo.

Foto N° 1



Introducción

La escuela rural de Copihuelpe, marcó la vida de varias generaciones de vecinos de esta localidad campesina de la comuna de Loncoche, en el sur de Chile. Se trata de un establecimiento fundado probablemente en la década de 1920, de carácter misional en su origen, que subsiste al paso del tiempo; resistiendo a su deterioro y al olvido de las nuevas generaciones. En ese marco, la comunidad de Copihuelpe, a través de la memoria vecinal rescata y comparte sus experiencias escolares a través de este patrimonio y las proyecta al futuro. Se impone en la remembranza local, la figura de los profesores y profesoras pioneros, que son situados como artífices del proyecto educativo en la localidad.

A través de un trabajo etnográfico, se reúnen testimonios locales de un período comprendido desde el año 1950 en adelante. Se estructuran en cinco secciones, donde se abordan antecedentes y vivencias cotidianas del pasado de esta comunidad:

- “*Contexto etnográfico: algunos datos*”, en el cual, se presentan resumidamente aspectos poblacionales y de servicios que están presentes en la localidad y en la comuna. También algunas referencias a temas documentales, normativos, descripción de límites y servicios; datos del Obispado Villarrica, Ministerio de Educación y del municipio de Loncoche.
- “*Orígenes, Infraestructura y recuerdos*”, donde se esbozan algunos antecedentes históricos de la escuela, que inicialmente fue denominada “*Santa Teresa*” y estaba bajo la administración de una orden religiosa. Más tarde pasó a la gestión del Ministerio de Educación, para terminar, siendo la Escuela Municipal “*G-727 Flor del*

Bosque”, terminando en 2003 su vida operativa.

- El apartado “*Viajes de Ida y Regreso: La Otra escuela*” se refiere a relatos de la vida extra-aula, específicamente a los traslados que originaban historias poco visibilizadas, como los juegos, las complicidades, el compañerismo, las expresiones de solidaridad, la particularidad de las rutas que recorrían a diario y la vida comunitaria en este contexto rural.
- En la sección “*Recreos y Alimentación: Lo más recordado*” el foco es puesto en los espacios de juego en la escuela, la entretención y vida al aire libre; junto con las adaptaciones de las inicialmente precarias instalaciones para alimentarse, en el paso del “*roquín*” al sistema institucional de “*alimentación escolar*”.
- Finalmente, un apartado, que se denomina “*Escuela y Capilla*” que trata de esta vinculación de ambas entidades, desde el momento mismo de su creación que algunos sitúan en los años 1920 y su vigencia en las prácticas religioso-comunitarias que se mantienen plenamente vigentes en la actualidad.

La necesidad de rescatar la memoria vecinal de este contexto educativo rural es, por sobre todo, una apuesta por preservar la riqueza de los procesos del sector campesino y mapuche de La Araucanía, en temáticas como esta que constituyen un patrimonio en riesgo cierto de extinción. Habitualmente y siguiendo una clásica tradición sociológica y antropológica respecto del mundo rural, se tiende a desarrollar los análisis que definen la vida en este contexto en comparación a la vida urbana, resultando en la mayoría de los casos, una subvaloración de los ámbitos rurales.¹

1 Robichaux (2024) al analizar la comunidad corporada cerrada de Wolf, señala: “Recordemos que Robert Redfield (1944: 10 y 109), basándose en dicotomías como *Gemeinschaft/ Gesellschaft* de Ferdinand Tönnies, solidaridad mecánica/solidaridad orgánica de Durkheim, *societas/civitas* de Morgan, *estatus/contrato* de Sir Henry Maine, construyó su modelo del continuo *folk/urbano*. Estas dicotomías arraigan firmemente en la teoría sociológica clásica y tienden a permear nuestro pensamiento a la vez que permiten separarnos de algún “otro”, como los sectores rurales, los “primitivos” o los “pre-modernos” (Robichaux, 2024:20).

Recordar que estas tendencias a minimizar el entorno campesino, estuvo presente desde los inicios de los Estados Nacionales en el denominado “nuevo mundo”. Para lo que eran nuestras realidades, la constitución de las repúblicas en su génesis implicaba la negación de lo propio. Así entonces, en esa línea “de la misma manera, la intelligentsia post-revolucionaria se encaraba con los problemas de la Gran Colombia, Chile o en las Provincias Unidas del Río de la Plata como si aquellas regiones vastas, distantes y deshabilitadas, hubiesen formado parte de Europa y estuviesen pobladas por europeos liberales y bien leídos” (Veliz, 1984:148).

En ese marco desde estos momentos constitutivos de la República, se advirtió una persistencia de establecer los valores ciudadanos en el mundo rural. En un Reglamento - Ley de 1813 sobre radicación de los “indios” comienzan a advertirse estos intentos, donde “una de las primeras inquietudes del joven gobierno era de reorganizar la propiedad rural de acuerdo a los patrones de organización ciudadanos de las elites de la zona central” (Martínez, 1991:80-81).

En lo que respecta a los aspectos metodológicos, señalar que se comenzó en 2023 y se desarrolló un extenso trabajo de campo donde se aplicaron una serie de entrevistas semiestructuradas a informantes claves. A ello se sumaron un conjunto de reuniones y gestiones tendientes a recopilar entre los vecinos y vecinas diversos materiales de interés documental respecto de la escuela. Para materializar parte de dicho trabajo de campo y las acciones técnicas vinculadas al registro fotográfico, se contó con el apoyo del Programa Rüpü de la Universidad de La Frontera.²

En cuanto a los informantes claves, es preciso señalar que actualmente en la localidad viven familias que han sido residentes históricos durante varias generaciones, muchos de ellos exestudiantes, incluidos los descendientes de la familia que donó el terreno para la edificación de escuela y capilla. En general se advierte una valoración positiva de la escuela y por defecto, se genera una disposición a colaborar de parte de estos, aportando testimonios y haciendo viable el rescate testimonial propuesto. También, como contexto se debe considerar que, en estos ámbitos rurales, la escuela no solo es

2 Las fotografías que son consideradas en la presente publicación fueron capturadas con una cámara digital, CANON, DS 126431, durante otoño e invierno de 2023.

un espacio para la educación formal, sino que también un centro cívico que, pese a su deterioro, algunos de sus espacios contribuyen a esta función aun en la actualidad. En ese marco es un lugar de reunión comunitaria donde transcurren eventos significativos como fiestas religiosas, competencias deportivas, celebraciones de festividades patrias, navidad, entre otros.

Considerando la relevancia comunitaria de esta institución escolar, para contactar informantes, se estableció una estrategia de vinculación a través de organizaciones comunitarias vigentes, como la Junta de Vecinos, la Comunidad Mapuche Cosquilla Rayén y la Agrupación Comunidad Católica del Santuario San Sebastián. También se tomó contacto con la secretaria administrativa del Comité de Agua Potable Rural Huaqui-Copihuelpe. Además, se contó con las autorizaciones del Departamento de Administración de Educación de la Municipalidad de Loncoche para permitir el acceso al recinto de la escuela y proceder con las capturas fotográficas correspondientes.

Metodológicamente, para este trabajo se aplicaron técnicas de estudio etnográfico. Primeramente, a través de la aplicación de un instrumento de recolección de información, que en este caso fue una entrevista semiestructurada que buscaba rescatar datos históricos. Orientado a un relato vivencial para rescatar las experiencias de exalumnos, no solo en lo académico sino también en otros temas vinculados como era la recreación, juegos, alimentación, los traslados, entre otros que surgieron espontáneamente en las entrevistas.

El registro fotográfico capturando la infraestructura actual (en desuso por más de 20 años) de la escuela, como también de otros sectores aledaños de Copihuelpe adquiere una especial relevancia y resulta ser muy oportuno, dado el precario estado de conservación de este patrimonio material. Se advierten procesos crecientes de presión por construir en ese sitio nuevas edificaciones, existiendo incluso amenaza de una eventual demolición. Propuesta esta última que no fue materializada, no obstante, el riesgo de colapso natural en el mediano plazo se mantiene, dado su deterioro natural, sumado a los escasos esfuerzos por restaurar o mantener esta añosa infraestructura de material ligero. Como un insumo adicional, también se recibieron y fotografiaron otros elementos como certificados de estudios, textos, recuerdos u otros elementos aportados voluntariamente por

las personas entrevistadas. Se complementó con trabajo de revisión documental en archivo de la Diócesis de Villarrica, sitios web de del Instituto Nacional de Estadísticas, de la Municipalidad de Loncoche, del Ministerio de Obras Públicas, entre otros y solicitudes de documentos (Ley de Transparencia) aportados por la Municipalidad de Loncoche y el Ministerio de Educación respectivamente.

Foto N° 2



Contexto etnográfico: algunos datos

La comuna de Loncoche (Provincia de Cautín, Región de La Araucanía), de acuerdo con la división político-administrativa se ubica en el límite sur de esta región, colindante con la Región de los Ríos. Al norte limita con las comunas de Gorbea y Pitrufquén, al este con la comuna de Villarrica, hacia el sur, limita con las comunas de Lanco y Panguipulli, pertenecientes a la décima cuarta región y al oeste con la comuna de San José de la Mariquina, de la misma región.

Respecto a la población comunal esta alcanza 23.612 habitantes. El Pueblo Mapuche, representa un 21.4 % de esta población. El Censo 2017, arrojó un total de 7.644 personas que declara pertenecer al pueblo Mapuche, de éstos el 52 % se radica en el sector urbano y el restante 48 % en el sector rural. En cuanto a la distribución de la población urbano-rural, esta es de 66 % y 34 % respectivamente. Según la Encuesta CASEN del 2017, la concentración de las personas en situación de pobreza se presenta principalmente en la zona urbana, tanto en hombres como mujeres, donde el 21,3 % del total de 30,2 % se presenta en este sector, existiendo solo un 8,9 % en la zona rural, que se distribuye en un 4,5 % para los hombres y un 4,3 % para mujeres. En la Encuesta CASEN 2020, la concentración de las personas en situación de pobreza continúa en la zona urbana, con un 10 % sobre un total de un 16,8 %.

La localidad de Copihuelpe, se ubica a 26 kilómetros de Loncoche, y su población alcanza a los 174 habitantes (2023). Una breve mirada al pasado, la encontramos en registros que datan de 1914, a propósito de un estudio de “Haciendas y Campesinos”, donde aparece una descripción:

Un ejemplo de este trato a la mano de obra lo encontramos en el fundo Copihuelpe, de la familia Kunst, ubicado en el camino entre

Loncoche y Villarrica, también zona de la Araucanía. Esta propiedad fue constituida por los señores Mally y Reccius, los cuales agruparon 1.600 hectáreas. El año 1914 pasó a propiedad de la familia Kunst Munich. Se trataba de un predio de 1.600 hectáreas, la mayor parte de ellas aún cubiertas de bosques. “El fundo en referencia está situado en uno de los tantos valles existentes en la localidad que desde la cordillera se extienden al Valle Central. Estos valles están formados por vegas y lomajes suaves. Las vegas están encajonadas por los cerros y a lo largo de ellas corre el río Cruces. Los cerros que las bordean están cubiertos de vegetación”. El trabajo en esta zona, aunque también se realizaba con inquilinos, y principalmente inquilinos-medieros, eran fundamentalmente a trato...” (Bengoa, 1990: 159).

El acceso a la localidad según denominación y clasificación del Ministerio de Obras Públicas es a través de los caminos rurales que conectan a Copihuelpe con los centros urbanos, de las comunas de Loncoche y Villarrica principalmente. Así entonces, se accede a través de la ruta principal Loncoche a Calafquén S-785-7, hasta el kilómetro 15 en Emulpán. Una segunda vía es la ruta Emulpán a Hualapulli S-803 que pasa por Huaqui, Copihuelpe y Liumalla y una tercera ruta desde Hualapulli que conecta con cruce ruta S-95-T Villarrica, Licán Ray y Coñaripe.

Un patrimonio natural importante es el río Cruces cuyo cauce atraviesa todo el territorio de Copihuelpe, siendo un punto de referencia y como tal, parte de la historia de esta comunidad. Aún es lugar de pesca, de lavado de lana de ovejas; fuente de agua dulce para el uso y consumo familiar y también sitio de esparcimiento en temporada estival. El río Cruces recorre la Región de La Araucanía; y de los Ríos respectivamente, tiene su fuente de nacimiento en el valle del Volcán Villarrica y confluye en el río Valdivia de esa ciudad.³

3 Este recurso hídrico, posee una longitud de 125 kilómetros, drena una hoya de 3.223 km² que escurren por el “Valle del Cruces” que serpentea a través de cerros y pequeños llanos en su parte alta, mientras que en su curso medio escurre entre cerros que forman la Cordillera de la Costa. Avanzando del noreste al suroeste Pasa por los pueblos de Loncoche, Lanco y San José de la Mariquina. En su recorrido posee como afluente el río Purulón a la altura de Lanco. Hacia su confluencia con el río Valdivia se suman otros afluentes, como los ríos Pichoy, Cayumapu y Chorocamayo, conformando el extenso humedal que se extiende al norte de Valdivia, que fuera declarado, en 1981, Santuario de la Naturaleza.

Algunas referencias y alusiones al territorio establecidas por los lugareños son: la gente del sector “*del cerro*” con relación a los predios ubicados en dirección al cerro “*fundo El Carmen*”, con orientación hacia Calafquén, al que ingresando desde el camino principal se accede por senderos y servidumbres a dicho fundo hoy cubierto con bosques de pino. Otro punto es el “*Cementerio de Copihuelpe*”, que se accede por camino interior que se inicia en kilómetro doce desde Villarrica y sirve como ruta a diversas comunidades y familias principalmente de origen mapuche.

La topografía existente determina a “*Copihuelpe Alto*” (camino a Loncoche) sector después de “*la subida*”, la más pronunciada y característica de la localidad. Denominación que se contrapone a “*Copihuelpe Bajo*” que es el sector cercano a la “*escuela, santuario San Sebastián, posta rural, la Cruz y el Puente Copihuelpe*”.

Otro hito reconocido es “*el Molino*”, donde la familia Alarcón Arriagada, punto en que desde hace más de dos décadas funcionaba regularmente un molino de trigo y sus derivados y que también operaba como “*chicheña*” (elaboración de chicha de manzana), ubicado en el “*límite entre Copihuelpe y Liumalla*”, parte de esa infraestructura permanece, aunque con mínima actividad. Otro lugar referente es la “*trilladora de planta de Huaqui*”, propiedad de la familia Antilef de dicho sector, camino a Loncoche donde funcionaba maquinaria a la cual concurrían las carretas cargadas de “*atados*” de espigas de trigo, centeno o cebada para obtener sacos de granos limpios para el consumo familiar o la venta. Agregar como otro punto de referencia el “*Fundo Huallarpe*”, ubicado en el límite entre Copihuelpe y Huaqui.

Si bien no está ubicado en Copihuelpe propiamente tal, cabe mencionar al Volcán Villarrica, como un referente natural de esta localidad y alrededores, visible prácticamente desde cualquier punto, orienta a los caminantes y es un hito protagonista del territorio.

En materia de educación en Loncoche, la oferta comunal contemplaba al 2021, a 25 establecimientos, de los cuales 14 se ubican en los sectores rurales y 11 en la zona urbana; 15 de dependencia municipal y 10 particulares subvencionados. La escuela de Copihuelpe, G-727 Flor del Bosque aparece como parte de la oferta educativa municipal hasta 2003 y en la actualidad pese a no estar en

funciones aparece en mapas de la comuna, indicando el sitio donde se encuentra lo que queda de sus instalaciones, aledañas a la Capilla del Santuario de San Sebastián de Copihuelpe. Se puede acceder al centro cívico de esta localidad por el camino interior S-823 que conecta desde crucero Huaqui a crucero Copihuelpe, donde se vuelve a conectar con el camino troncal S-803 en este caso.

Desde los inicios de esta escuela, los caminos rurales, se encontraban en un estado básico, apenas perfilados, angostos, de tierra, posteriormente con mantención mínima de ripio y recién en el año 2020 se inicia ejecución de proyectos viales de pavimentación de estos caminos, proyectos aún en fase de ejecución.

A este centro cívico, se suma también la atención sanitaria. Antes de 1987, la atención de salud de Copihuelpe, era a través de las “*rondas médicas*”, las cuales se desarrollaban en una sala de la escuela. Posterior a esta fecha y en el marco del traspaso de la Atención Primaria desde el Ministerio de Salud al Municipio de Loncoche se conformaron las Postas de Salud Rural, entre las cuales se incluye la de Copihuelpe. En 2024 la encargada de esta Posta censó la población de la localidad y arrojó un resultado de 174 vecinos para este sector.

En lo que respecta al suministro de agua, la localidad se provee a través del Programa de Agua Potable Rural (APR), que a enero del 2025 registraba 60 arranques de este vital elemento para Copihuelpe. Sin embargo, precisar que esta iniciativa comenzó a operar en 2016, con solo 32 arranques para esa época y al año siguiente en el 2017 se habilitó una oficina de administración del APR en dependencias de la antigua escuela de Huaqui, también cerrada en la actualidad.⁴

Los procesos migratorios campo ciudad se han manifestado con significativo impacto en estos territorios. El cambio en el uso de suelo tradicionalmente destinado a faenas y cultivos agrícolas por un uso extensivo forestal, principalmente de especies exóticas. El continuo proceso de urbanización de la comuna de Loncoche se ha hecho presente en menos de 50 años, y los indicadores reflejan que en 1970 la mayoría de la población comunal residía en las localida-

⁴ El Comité de APR a enero del 2025 administra 254 arranques los cuales provienen de tres sectores: Copihuelpe (60), Huaqui (166) y Chan Chan (28). En el 2016 se comenzó a operar el sistema con un total de 120 usuarios para los tres sectores.

des rurales (54.34 %) porcentaje que disminuye a 29,7 % de población rural en 2017.⁵ No obstante, esta disminución en el tiempo, Loncoche presenta un nivel de ruralidad que es más del doble del porcentaje país (12,2 %), superando también el porcentaje regional de la Región de La Araucanía (14,2 %), de acuerdo con el citado Censo de 2017.

Foto N° 3



⁵ En 1970 del total de la comuna de Loncoche, que ascendía a 18.932 personas, un 54.3 eran habitantes del sector rural. En 1982, de 23.172 un 44.6 % eran rurales. Diez años después, el total poblacional era de 23643 y la ruralidad alcanzaba un 40,02 % personas rurales. En 2002 se aprecia un descenso del total comunal de 23037 y su ruralidad de 33.71 %. Finalmente, en 2017, de 23.612 habitantes de la comuna solo un 29.7 % residía en sectores rurales.

Orígenes, infraestructura y recuerdos

En la localidad de Copihuelpe, distante a 26 kilómetros de Loncoche, se encuentra ubicada la que fuera por cerca de 100 años, una escuela rural, que cobijó a varias generaciones de hombres y mujeres de este sector mapuche y campesino. Desde el año 2003, fecha en que dejó de prestar sus servicios, le sobreviven sus instalaciones que se enfrentan al embate del tiempo y constituyen un testimonio significativo de memoria e identidad para esta comunidad rural de La Araucanía.

Esta escuela al momento de su construcción, a fines de los años 1920 o 1935 como señalan otros, recibió el nombre de Santa Teresa y fue edificada en un terreno cedido por Toribio Peña Astete, quien hizo esta donación en ese entonces a la Misión Capuchina para que esta entidad construyera una escuela y una capilla católica en el sector. Toribio era hijo de uno de los mayores terratenientes de Copihuelpe, don José María Peña; siendo recordada y reconocida esta familia “Peña”, además de este hecho concreto, por su religiosidad y numerosa cantidad de hijos que procrearon. Actualmente, muchas de las responsabilidades dirigenciales en el ámbito vecinal, social y religioso del sector son ejercidas por descendientes de esta familia en particular, que se mantienen residiendo en la localidad.

La memoria local refiere que la principal motivación del vecino Toribio Peña Astete por donar el terreno fue por la necesidad que sus propios hijos recibieran educación formal; objetivo este último que algunos de sus descendientes, que hoy son vecinos mayoritariamente septuagenarios, aseveran como la principal razón. Floridemia Peña Azócar, (1953-1958); recuerda:

“Esto tiene más de 100 años, el abuelo Toribio donó el terreno 1 hectárea para que hicieran colegio, para que hicieran capilla... porque necesitaban educar hijos igual después, mucha gente, y había mucha gente, como te dijera, que eran nativos de acá...mapuches... y no tenían medios, ni quien les enseñara...y se construyó el colegio aquí para eso, para salir adelante”.

Respecto de estos recuerdos referidos a un contexto de esa época, coincidentemente por las fechas de estos hechos, hacen posible presumir que la donación de parte de Toribio Peña Astete, se enmarcó en uno de los efectos de la aplicación de la Ley de Educación Primaria Obligatoria (1920) que introdujo un conjunto de medidas tendientes a expandir la escolaridad en todo el territorio nacional, y en los campos específicamente los “dueños de grandes fundos tendrían la obligación de mantener una escuela elemental dentro del predio si los menores en edad escolar que allí vivían superaban la veintena”.⁶

Este recinto educacional, estuvo funcionando ininterrumpidamente hasta 2003 y jugó un papel importante en la vida comunitaria de Copihuelpe y de muchos otros vecinos de sectores aledaños, constituyéndose en una institución educativa pionera de este territorio. En ese pasado constitutivo de esta escuela rural, desde la memoria colectiva de otrora sus estudiantes surge que, entre su alumnado además de niños y adolescentes de Copihuelpe, concurrían otros desde sectores como *“Liumalla, Huaqui y Los Copihues”* principalmente. Localidades que se encuentran insertas en territorio mapuche; donde, entre otras, hoy se cuentan comunidades vecinas como: Hilario Manquepán; Ignacio Nahuelpán, Toribio Cayuñir y Cosquilla Rayén.

Desde sus inicios este establecimiento educacional fue concebido como una escuela *“básica inicial”* y en ese marco, se organizaba a través de una modalidad de trabajo, que comprendía el ciclo de

6 Cabe precisar que “las fuentes documentales muestran que la mayoría de los propietarios agrícolas no cumplió con lo que ordenaba la ley. Por esta razón, entre 1929 y 1930 se dictaron normas específicas sobre escuelas rurales, las cuales aumentaban las responsabilidades de los terratenientes –debían construir los establecimientos, remunerar a los profesores y proporcionar los útiles–, al tiempo que les brindaban la posibilidad de solicitar una subvención por alumno a modo de retribución”. Fuente: <https://www.museodelaeducacion.gob.cl/colecciones/la-educacion-primaria-rural-en-chile-1920-1970>

enseñanza primaria. La memoria vecinal habitualmente refiere al ciclo que comprendía desde 1° a 6° año. Pese a que era impensable para esa época ofrecer educación parvularia; en los hechos en este mundo rural de La Araucanía se registraban casos donde niños menores de seis años asistían en una suerte de “*modalidad especial*” que podríamos denominar hoy como extra-matrícula y que operaba en ese entonces a través de una figura denominada entre los locales como los “*oyentes*”.

Esta novedosa modalidad que deambula entre lo formal e informal era habitual en esos tiempos para varios niños de esa localidad, dado que en la práctica el establecimiento “*recibía de oyentes*” a niños y niñas de cinco años, que se agregaban a las clases y espacios de primer año de primaria sin recibir los mismos contenidos. Los “*oyentes*”, constituían una categoría que se sumaba a la comunidad escolar sin distinciones, pero primaba para estos una orientación dirigida más al juego y al apresto en lecto-escritura a través de la familiarización del *Silabario Hispanoamericano*. De este texto, en una versión de 1972 que fue utilizado en dicha escuela, es posible constatar que era un ejemplar de entre 80.000 que ese año se imprimieron.⁷

Esta figura del “*oyente*” era recurrente y en muchos casos, probablemente en la mayoría de las veces, se trataba de los “*hermanos menores*” de los alumnos regulares de la escuela. Esta asistencia informal del “*oyente*” sin embargo, presentaba cierto grado de institucionalización en el sistema educativo en esta escuela rural en particular. La distancia con los polos decisionales parecía no desalentar esta práctica, pues para ser más precisos debemos recordar que, en 1948, la educación parvularia es incorporada a los planes del Ministerio de Educación *Pública*, estableciéndose para ella un Plan y Programa de Estudios. No obstante, sólo en 1953 se crea en el Ministerio de Educación la Sección de Educación Primaria y Parvularia, anexándose grados parvularios a las escuelas comunes de todo el país (Hermosilla, 1998:14). Este marco normativo, sin embargo, no aplicaba del todo en la escuela de Copihuelpe, dado que la figura del “*oyente*” aún permanecía vigente en el establecimiento en 1976 y hasta entrado 1980,

7 En el colofón del Silabario recopilado entre los vecinos; refiere que es un libro en su 48ª edición y fue impreso en marzo de 1972 por la Editorial Lord Cochrane. S. A. Santiago, Chile. El autor fue Adrián Dulfloq Galdames y en su portada destaca que era un “método fónico-sensorial-objetivo-sintético-deductivo”.

según refiere una ex estudiante de esa época y se mantuvo hasta el año 2000 según refiere una de las últimas alumnas Natalia Canio Vera (1999-2000). La vecina Ailsa Peña Figueroa (1958-1962) reafirma esta figura como algo normal en la dinámica escolar, al punto de señalar que, en materia de evaluaciones: *“estando matriculado, era con nota, si eran de oyente, ahí no le ponían nota”*.

Para varias generaciones de estudiantes de Copihuelpe, especialmente en sus primeras décadas de funcionamiento, la experiencia en esta escuela rural equivale a toda su trayectoria en el sistema escolar, ya que era imposible para muchos de estos hijos e hijas de vecinos continuar estudios fuera de esta localidad, salvo que existieran *“parientes en el pueblo”* (Temuco, Loncoche, Lanco, Villarrica por citar las más cercanas) y con capacidad de *“recibir”* a los *“parientes del campo”*. Floridemia Peña Azócar (1953-1958), al respecto señala que: *era muy difícil que nos mandaran a estudiar fuera...no había medios de locomoción ni nada, después yo entré a estudiar al IER Instituto de Educación Rural en Los Lagos”*.

En sectores rurales como Copihuelpe, esta situación de déficit en el acceso para la continuidad de estudios comienza a experimentar cambios favorables posterior a 1970, cuando empezaron a aparecer alternativas de apoyo a la vida escolar, entre las cuales las residencias estudiantiles; sean hogares o internados, fueron habilitados en los centros urbanos vecinos a la localidad. La continuidad de estudios también era posible en las escuelas agrícolas con internado, como la que se encontraba en Purulón cerca de Lanco. Una de estas alternativas se abre en 1964 en esta última localidad, era el Liceo Agrícola Femenino María Reina que pertenecía a la Congregación de las Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón de Jesús, institucionalidad de gran importancia en el territorio.⁸ También, aparecieron opciones de residencias semanales (internado de lunes a viernes) como el Colegio Santa Cruz de Loncoche o escuelas municipales con hogares

8 En el Sector de Purulón actual Comuna de Lanco, se instala la Sede de la antigua misión capuchina construida en la segunda mitad del siglo XIX, específicamente en 1874, por el misionero Octaviano de Nizza; además de la iglesia se crea una escuela para educar a los niños principalmente de origen mapuche, que se mantiene hasta nuestros días custodiada por la Congregación de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús, que llegaron a Purulón en la década de 1920 y que extendieron su misión educacional en otras escuelas rurales de lo que hoy son las regiones de La Araucanía y Los Ríos. Fuente: <https://iglesias-frontera.wixsite.com/purulon>

estudiantiles en esta misma ciudad, como el Liceo C-38 o la Escuela Consolidada N° 1, *actual* Escuela E-714 Alborada, ambos también ubicados en la ciudad de Loncoche.⁹

En la historia de este establecimiento de Copihuelpe, que surge como una escuela misional de la Iglesia Católica, existe un hito que marca el inicio de un segundo momento que es el término en la administración por parte de las religiosas de la Congregación Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, traspasándose ésta al Ministerio de Educación Pública, a mediados de la década de 1960. Con este traspaso del servicio educacional a dicho Ministerio, se retiraron de la escuela las religiosas de dicha Congregación y llegaron al establecimiento los primeros profesores laicos. De estos últimos, una de las primeras directoras en este período fue: Inés Cheysal Millar que asumió en la década de 1970 aproximadamente y que *“dejó un buen recuerdo”* en la comunidad.

Foto N° 4



⁹ En Loncoche el Colegio Santa Cruz, administrado por la Congregación de las Hermanas Maestras de la Santa Cruz, han sido protagonistas de la vida escolar en esta ciudad desde la década de 1960. Estas religiosas, llegaron de Suiza a la ciudad de Río Bueno en el sur de Chile a fines del año 1901, como respuesta a la solicitud los Padres Capuchinos de Baviera para apoyar la labor misionera entre los habitantes de la zona, en especial con el pueblo mapuche. Fuente: <http://www.hermanasdelasantacruz.cl/hermanas/>

Posteriormente en la década de 1980 y con el proceso de municipalización nacional al que fue sometido el sector educación, asumió como sostenedor la Municipalidad de Loncoche que la denominó como “*Escuela G-727 Flor del Bosque de Copihuelpe*”. En este proceso administrativo, además, se dividió el terreno donde se emplazaba originalmente la escuela; y la mitad de este se destinó para la “*Capilla Santuario San Sebastián*” (quedando como propietaria de esta última el Vicariato Apostólico de La Araucanía), en tanto la otra media hectárea donde estaba emplazada la escuela pasó a ser de propiedad y administración municipal de Loncoche. Esta subdivisión y tenencia de terrenos se mantiene en la actualidad, con la salvedad que existe un Contrato de Comodato entre la Municipalidad de Loncoche y la Junta de Vecinos N° 12 de Copihuelpe, desde el año 2009 para el uso de la infraestructura, la que puede ser utilizable, para que sea utilizada como sede social para reuniones de organizaciones y “actividades de carácter comunitario”.¹⁰

Según consta en la escritura del tres de enero de 1935 del Notario Público de Pitrufulquén se donó una hectárea de terreno en Copihuelpe por parte del vecino Toribio Peña Astete a la Misión Capuchina. A partir de documentos del Ministerio de Educación y por la Secretaría Regional Ministerial de dicha cartera de la Región de La Araucanía, se pueden mencionar los siguientes hitos en la historia institucional de este establecimiento: En 1966, se procedió con la inscripción de traspaso de inmueble en Conservador de Bienes Raíces de Loncoche, pasando su propiedad del Obispado de Villarrica a Ministerio de Educación. En octubre de 1981, mediante un Decreto del Ministerio de Educación Pública (7666) se traspasa al municipio este establecimiento.¹¹

Otra fecha importante fue en 1982 donde se materializó la inscripción de traspaso de inmueble en el Conservador de Bienes Raíces de Loncoche, pasando su propiedad desde el Ministerio de

10 Información aportada por el Presidente de dicha Junta Vecinal, don Sigisfredo Peña Azócar y ratificada por Municipalidad de Loncoche (SAI Transparencia). Contrato de Comodato suscrito con fecha 22 de junio de 2009 vigencia de 15 años (2024) renovables, aprobado por Decreto Ex 540 del 22 de junio 2009 de dicha Municipalidad. Documento que se entiende vigente por 15 años más (2039).

11 El decreto 7666 del 20 de octubre de 1981 del Ministerio de Educación Pública, aprobó el convenio entre dicho ministerio y la ilustre Municipalidad de Loncoche sobre traspaso de servicio educacional y sus bases, que presta escuela básica F-727 de Loncoche.

Educación a la Municipalidad de Loncoche. Finalmente, en el 2003, específicamente en marzo, se procedió con el último registro de Asignación de Ruralidad para esta Escuela G727 Flor del Bosque Copihuelpe por parte del Ministerio de Educación (MINEDUC) lo que implicó que fuera este su último año de funcionamiento. Sobre este proceso, señalar que diez años después el 18 de abril del 2013, según Resolución Exenta N° 0977 del MINEDUC, fue la fecha final de este proyecto educativo, en tanto: “se aprueba renuncia tácita al reconocimiento oficial del establecimiento educacional Escuela Municipal Básica Flor del bosque G-727 RBD 6321-5 Comuna de Loncoche”.¹²

En cuanto a la infraestructura del inmueble, este fue construido con participación de “*maestros locales*”, siendo el material predominante la madera, materia prima proveniente de recursos naturales presentes en la localidad. Se trata de una construcción que en esencia se mantiene con sus características originales hoy en día: de material ligero, con madera en cubiertas exteriores, puertas y ventanas, y también en su estructura interior (tabiques, cielo raso, piso), emplazada sobre pilares tipo poyos de cemento mezclado con piedras.

En la década de 1980 el techo de zinc fue reemplazado por “*planchas de pizarreño*”. En su distribución, contaba con dos espacios para las clases a los seis cursos: “*sala grande y la sala chica*” como eran conocidas por toda la comunidad escolar. Precisar que al principio solo se disponía de la sala grande. Ambos espacios contaban con puertas que conducían directamente al patio, que era un lugar plano de tierra, ripio y pasto, usado también para ceremonias y actos cívicos, como también para la “*formación*” de las filas por cursos y como lugar para los juegos en los recreos.

En los años 60, adosada a la capilla estaba el espacio utilizado para cocinar, ya que el establecimiento compartía el sitio con este recinto religioso. Al respecto, Sigisfredo Peña Azocar quien estudió entre 1961 y 1965 precisa que “*detrás de la capilla había un galpón tremen-*

12 En uno de los considerandos de dicha Resolución Exenta dispone, que el inciso segundo del artículo 25 del DS de Educación N° 315/10 dispone que “Si al término del receso no se comunica el reinicio de actividades, se entenderá que se renuncia tácitamente al Reconocimiento oficial, debiendo el secretario regional Ministerial respectivo, dictar resolución correspondiente”.

do, con un fogón y ahí se preparaba la comida”. Posteriormente se destinó un salón en la escuela en el cual se habilitó una cocina y comedor. Estudiantes de los años 1970, refieren que adyacente a la “sala grande o escuela antigua” existía una bodega que era usada como leñera; y junto a esta se ubicaban los baños, que eran “pozos negros”, con “cajones de pizarreño” sobre pisos de cemento y sin conexión de agua.¹³ En la última etapa de vida operativa de la escuela, se construyeron otros baños en un sector distinto, con implementación de lavamanos y con sistema de letrinas sanitarias.

Actualmente, en el frontis de lo que fuera la infraestructura original de la escuela se observa su revestimiento, donde predomina la madera al natural, con tableado superpuesto de presentación horizontal en las paredes externas. En la parte posterior estas paredes fueron recubiertas con planchas de zinc acanalado, como mecanismo de protección para la lluvia, en un esfuerzo por preservar el vetusto edificio. En esta descripción, la techumbre sigue siendo de planchas de pizarreño, muchas de ellas quebradas y otras en evidente estado de deterioro. La construcción está cimentada sobre pilares de cemento, con piso de madera sobre vigas, sin radier, en su interior. También son de madera, los tabiques en puertas, ventanas y cielo raso. Se hace evidente el detrimento y la falta de mantención de la infraestructura, pese algunas reparaciones interiores. Pese a este escenario desalentador, los vecinos “destacan el valor patrimonial” de lo que aún queda de esta construcción.

13 Los techos, baldosas, azulejos y otros materiales de construcción ampliamente utilizados en Chile, eran una mezcla de cemento y asbesto, (este último hasta 2001 donde fue prohibido) eran confeccionados desde 1935 por la Empresa Pizarreño S.A. (cuya propietaria hasta 2013) era la empresa belga Etex Group S.A. En ese marco, los materiales son identificados como “pizarreño”, pero refiere a planchas onduladas que fueron populares como techos en reemplazo de las tejas.

Foto N° 5



A mediados de la década de 1970, en el “*centro del patio*” estuvo instalada y operativa una bomba manual para extraer agua de un pozo, acción que los alumnos tildaban como: “*te tocó ir a bombear*”. Mecanismo que se encontraba empotrado en una base de cemento y era la fuente que proveía de este vital elemento a todos los requerimientos del establecimiento educacional. De esta bomba no existen indicios en la actualidad. En el sector cercano a la leñera y al frente de lo que eran las dependencias utilizadas de cocina, aún se observan vestigios de lo que fuera un lavamanos de gran tamaño conocido como: “*el pilón*”.

El “*pilón*” era una estructura construida en cemento sin revestimiento, que se situaba en el patio y que era usado para el “*lavado de manos*” en el recreo, era punto de encuentro al finalizar los juegos, donde se agrupaban desordenadamente los estudiantes, ya no tan solo a “*lavarse las manos*” como era la instrucción, sino que, a refrescarse, y “*tirarse agua*”. También desde el “*pilón*” era posible obtener el consumo diario de agua y en ocasiones que eran recurrentes, también era punto de lavado de pequeñas heridas, o “*sangrado de narices*”. Antes de 1970 se obtenía agua de vertientes proveniente de un espacio cercano a la capilla.

En cuanto a servicios de apoyo y mantención, algunos ex estudiantes del periodo comprendido entre 1976 a 1981 refieren como una función clave, la que desempeñaban “*los semaneros*” que debían ayudar en la cocina y extraían el agua del pozo operando la bomba manual antes descrita. Para esto último, iban llenando baldes que permitían el traslado a la cocina, ya que no había agua al interior del edificio escolar.

Sobre el rol de los semaneros, la exestudiante, Maritza Vera Peña (1975-1981) refiere que dicha figura estaba vigente en ese periodo y que, si bien era una designación por parte de los dos únicos profesores de la escuela, también era una institucionalidad utilizada como “*castigo por el mal comportamiento*” en algunas oportunidades. Tampoco, había en ese entonces energía eléctrica en el recinto. En el caso del pilón del patio, correspondería a un periodo posterior a aquel de la bomba de agua manual, por contar este lavamanos con una llave de corte, que implicaba un sistema de abastecimiento por cañerías que coincide al momento que se acopiaba agua en un estanque.¹⁴

En materia de infraestructura para impartir clases, cabe señalar que, finalizando la década de 1970, se construyó otro edificio, que se conoció como la “*sala nueva*”, más pequeña y destinada a los cursos de estudiantes mayores. Sala que contaba con un corredor techado, (pasillo) con perchas para colgar las chaquetas o ponchos y que también era usado como escenario; o como espacio para “*el recreo*” en los días de lluvia. Al lado de esta “*sala nueva*”, mucho después, a fines de 1980 se construyeron unos baños más modernos que los anteriores, incorporando conexión al agua con lavamanos; y tazas de baño con estanque conectados a letrinas, mejorando así los estándares de saneamiento ambiental y acceso a servicios básicos.

En una parte del sitio, específicamente más allá del patio frente a la sala grande, alrededor de 1977 se construyó una casa habitación destinada para los profesores, misma que está habitable en la actualidad, no obstante, se encuentra en regular estado de conservación.

14 En el estudio “Educar sin Agua: Una realidad Invisible”, (Fundación AMULEN, 2021) revela que 1.350 escuelas rurales en Chile, (cifra cercana a la mitad de las escuelas rurales del país) se abastecen de pozos, ríos, o camiones aljibes. De este guarismo, un 35 % no usa agua potable al manipular alimentos y el 27.3 % pierde como promedio 15 días de clases por falta de agua. Fuente: <https://www.fundacionamulen.cl/tag/educar-sin-agua/>

La “*casa de los profesores*” está emplazada en un sitio cerrado, sin acceso por parte de los estudiantes y posee una “*huerta, jardín y patio para la crianza de aves de corral*”. Desde su construcción fue la casa destinada a los docentes, que antes residían en otra casa, anexa a la capilla e incluso cercana al sector de salas de clases. Posteriormente, desde el momento del cierre del colegio en el 2003, comenzó a vivir una familia que fungía como “*cuidadores*” de todo el recinto. En la actualidad solo reside en este inmueble una vecina, “*Floridemia Peña Azócar*, (1953-1958); conocida por los lugareños como “*Flor*”, una adulta mayor, que está autorizada por la Municipalidad de Loncoche y por la Junta de Vecinos, para cumplir el rol de cuidadora. Ella es una de las descendientes de la familia de Toribio Peña Astete, específicamente nieta de este donante del terreno.

Para la comunidad escolar, sin lugar a dudas que el “*patio*” es un lugar importante en el recuerdo vecinal. Este espacio era una planicie de tierra, algunas partes con pasto y ripio principalmente, donde “*transcurrían los recreos*”. También, era lugar donde se procedía a la “*formación por cursos*” para los actos cívicos de los lunes, siempre y cuando las condiciones climáticas lo permitiesen. Era el espacio donde también se “*formaban*” los alumnos en filas, “*desde el más chico al más grande*”, para un “*ordenado ingreso a las salas*”, ya que el acceso era solo por una puerta de una hoja, precedida de una escalera pequeña de madera, por lo que debía resguardarse la seguridad de la comunidad escolar. Más allá de las salas, entre estas y el portón de acceso al recinto, estaba ubicada la “*cancha*” donde existían unos arcos de fútbol, de madera. No obstante, allí también se desarrollaban otros juegos grupales, espacio que en la actualidad permanece despejado y sin construcciones.

Con el paso del tiempo fue disminuyendo notoriamente la matrícula en este establecimiento, hasta que cuando se adopta la decisión del cierre eran menos de 5 estudiantes. Una de las últimas alumnas, Natalia Canío Vera (1999 – 2000), relata que en esos años funcionaba solo una sala, “*había solo un salón de clases donde estábamos todos los cursos juntos, desde “oyente”, lo que hoy sería pre kínder, hasta 6° básico; nos separaban en grupos por cada curso*”. En cuanto al entorno para recreos y juegos, se mantiene en el tiempo, pues Natalia señala: “*Recuerdo que en los recreos jugábamos todos juntos ya sea a la pelota, al pillado, al quemado o a las casitas, de hecho, teníamos una casita arriba de un árbol, era genial*”.

En lo que respecta al equipamiento de la sala de clases, consistía básicamente en pupitres de madera y grandes pizarrones verdes, con sus almohadillas y cajas de tiza. Además de algunos estantes, para los materiales de estudios y libros.

En el sitio, en la actualidad existe una caseta de teléfono y un área verde, donde predominan pinos, hualles, árboles frutales y rosa mosqueta. También instalaron una torre de madera con un estanque de agua en elevación que abastece a la casa de profesores, los baños y una sala.¹⁵

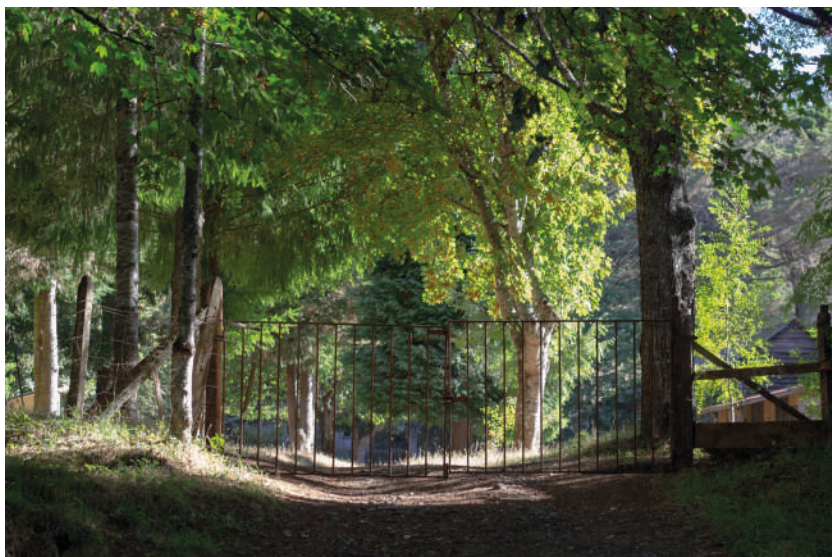
Actualmente se utiliza solo la sala grande, que ha sido habilitada como lugar de reuniones del Club de Adulto Mayor Santa Gemita y la Junta de Vecinos N° 12 de la localidad.¹⁶ Al interior de esta sala es posible encontrar una pizarra, algo de mobiliario y algunos letreros del último periodo en que funcionó la escuela. Sus puertas, ventanas, escalera de acceso, paredes y techo se encuentran en mal estado de conservación.

Todo el recinto cuenta con cierre perimetral, consistente en un cerco de estacas de madera, alambre de púas y mallas. Se suma que cuenta con un portón de fierro en su acceso principal, desde donde se ingresa desde el camino vecinal. También existen otros accesos peatonales franqueados por pequeños portones de madera y malla, que comunican con el sitio de la capilla, más predios agrícolas colindantes. El perímetro está rodeado de añosos árboles, principalmente, cipreses, pinos, robles y hualles, junto a algunos árboles frutales.

15 El estanque de agua en elevación acumulaba el vital elemento que era provisto desde pozo y no estaba conectada al Sistema de Agua Potable Rural, ya que este servicio comenzó a operar en 2016 en Copihuelpe, posterior al cese de funcionamiento de la escuela.

16 Organización Comunitaria Territorial Registro Personalidad Jurídica SRCeI N° 166926 Rol Municipalidad de Loncoche N° 10, constituida el 23 de febrero de 1990, Directorio vigente 2025: presidente Sigisfredo Peña, secretaria Angélica Cruces y tesorero Alfredo Gutiérrez.

Foto N° 6



Viajes de ida y regreso: la otra escuela

Copihuelpe se encuentra en un territorio que presenta una marcada dispersión geográfica de sus habitantes, lo que ha ido cambiando en las últimas tres décadas. Hasta los inicios del año 1990, los estudiantes concurrían desde distintos puntos de Copihuelpe y sectores aledaños, debiendo recorrer extensas distancias, las que acometían de una sola forma, que era “*caminando*”, para asistir a clases. Eran tiempos de precario desarrollo en la infraestructura de los caminos y con ello prevalecía una escasa presencia de vehículos para el traslado escolar, y recorridos internos en el sector. Estas falencias inadvertidas para la comunidad escolar establecían un escenario dinámico de otras vivencias vinculadas a la escuela y que se mantiene en la memoria vecinal.

Ricardo Peña Figueroa (1953-1956), hoy de 78 años, vecino que asistió a contar de los siete años de edad a la escuela, refiere a que en ese entonces funcionaba “*una sola jornada de clases*” que se extendía “*de las 9 de la mañana a las 4 de la tarde*”; y que dicha modalidad le permitía incluso ir a almorzar a su casa dada la cercanía de su hogar con el establecimiento. Situación muy distinta a la gran mayoría de los estudiantes que provenían de más lejos, desde sectores tales como: “*Huaqui, Chauleufu, Los Copihues, Vegas de Lesio, y Liumalla*” y debían traer su almuerzo desde sus hogares familiares, junto a un “*roquín para el camino*”, pues en algunos casos había que caminar bastante, lo que, sumado a juegos y travesuras, hacía necesario reponer las energías en estos trayectos.

En esos tiempos y hasta los años de 1970, estos viajes a la escuela y su respectivo regreso al hogar eran realizados por muchos alumnos que no contaban con zapatos, y por ende recorrían estos caminos de tierra y ripio “*descalzos*”. Quienes contaban con ello, generalmente “*zapatos plásticos*” o “*botas de goma*”, acostumbraban a

sacárselos para hacer los recorridos “*a pata pelá*” como sus amigos y compañeros de ruta.¹⁷ En ocasiones, la lluvia y el frío hacía imprescindible secarse, abrigarse y “*capear el agua*”. Sobre esto último refieren una manera ingeniosa, consistente en ocasiones de mucha lluvia y humedad, concurrir a un predio colindante, “*donde los Arriagada que tenían ahí animales y ahí iban a buscar (calor) donde estaban los animales echados pa’ calentar los pies*”.

Un ex estudiante de la década de 1950, Sinforiano Cortés Peña (1951-1957) recuerda: “*mis padres me enviaban con zapatos al colegio, pero como había muchos estudiantes que iban descalzos, yo hacía lo mismo. Dejaba mis zapatos escondidos entre una mata de chupón*”.¹⁸ Su compañero Honorindo Calfulaf Millahueque, (1957-1962) cuenta que él también tenía la costumbre de esconder sus zapatos entre los árboles, así se sentía más cómodo y cuando había escarcha, jugar descalzos era toda una aventura: “*hacíamos resbalás, eso ahora los niños no lo hacen, ahí donde el tío Gollo (Gregorio Ebner Peña) pa acasito, en esos años no había bolsas plásticas, así que llevábamos agua en un tarro, y nos tirábamos con el talón, a ver quién hacía la resbalá más larga*”.

Juana Ebner Calfulaf (1973-1979) recuerda que iban “*todos los cabros con manta y a pata pelá*”, entonces el camino era distinto “*nada de ripio como ahora, sino que tierra*” y “*todos con su manta y gorros*”, y como se formaban “*charcos con agua y se les ponía la helada, y eso eran como un vidrio, que se congelaban con el frío, los cabros jugaban y los iban quebrando durante el trayecto*”. Ella lo define como:

... “*Absolutamente rústico, hoy día los niños no se pueden mojar, hoy día los niños se resfrían, espérate ¿a dónde te iban a llevar al doctor en esos años? ¿Allá donde la abuela Natalia?, la abuela misma hacía unos “frescos” decía ella, unos remedios para el resfrío y todo, no antes era así, a la brutanteque no más, no era na tan especial la huevá*”.

17 En Cholchol también y dando testimonio a una práctica habitual en la realidad de estos niños en contextos rurales de La Araucanía, transcribimos un relato de 1954 “*Juan Levio, de entonces 13 años dice me fui a la escuela granja de Cajón, debía viajar y me iba por Imperial, así me iba caminando me lavaba los pies en el río [puente que se llamaba Las Pitras] y me ponía los zapatos porque tenía que llegar al pueblo urbanizado, (se refiere a Imperial) que para él constituía una ciudad “grande”*” (Davinson, 2007:68).

18 Planta endémica del sur de Chile cuyo fruto es el chupón, comestible, y se consume fresca, o es utilizadas para licores. Sus hojas, se usan en cestería.

Juana Ebner Calfulaf también nos permite conocer soluciones solidarias de parte de familias más cercanas a la escuela que acogían estudiantes de lejos: *“la Magaly Muñoz, se quedaba donde los Arriagada, en el invierno, como estaba tan malo el camino, se quedaba ahí”*.

Oscar Arriagada Inzulza, de 53 años de edad, quien actualmente ejerce como profesor de Lenguaje y reside en la ciudad de Villarrica, recuerda el período comprendido entre 1978 a 1982. De sus vivencias escolares, plasmó en un cuento, un aspecto cotidiano de ese ayer reciente, como era el hecho de que muchos de los estudiantes acudían a la escuela *“descalzos”*. Así el cuento titulado *“El Patipelao”* que nos permitimos reproducir da cuenta de este tipo de situaciones en ese momento histórico de la localidad de Copihuelpe.

... “Erase un día de invierno de 1980 y como era de costumbre caminábamos rumbo a nuestro colegio, unos salían muy temprano ya que las distancias eran muy extensas, se oían silbidos, gritos y poco a poco el grupo de parientes, compañeros/as y amigos/as iba aumentando, con los típicos bolsos de lana o género, dentro de ellos escasos útiles, la infaltable tortilla y harina tostada para resistir la travesía. Algunos con mantas, gorros de lana y casi todos con los pies descalzos.

Pero ese día faltaba el “Patipelao”, lo llamábamos así porque él jamás usaba zapatos y no era porque no quisiera, sino porque no tenía, él era diferente, algunos de nosotros nos sacábamos los zapatos sin que nuestros padres lo supieran, para jugar e integrarnos con los demás, era entretenido chapotear por las pozas y resbalar en el barro. El “Patipelao” era diferente, sus pies cuarteados por las inclemencias del tiempo formaban una piel que parecía una coraza impenetrable, su planta resistía todo, pisaba piedras, palos, espinas y todos estos objetos se rendían ante ellos, el “Patipelao” era más que nuestro amigo, era nuestro héroe.

Llegamos al colegio y él no llegó, salimos al recreo, nuestros recreos eran largos, decir que en esos tiempos los recreos eran más extensos que la jornada de clases; y los juegos eran muy variados, considerando lo que había, no perdonaban ni al viento, lluvia o nieve, jugábamos a la pelota, a las carreras o resbaladas, cada juego tenía su gracia y nos hacía olvidar el frío, el hambre o cualquier problema que tuviéramos.

Por fin llegó el “Patipelao”, justo en el recreo nuestro héroe apareció. Él se integró a nuestro grupo de inmediato, lo extraño era que estaba cojeando y tenía varias heridas en sus pies, al principio no dijo nada, jugó un poco y luego se sentó, parecía rendido, ese día perdimos varios juegos; fue entonces cuando nos mostró la razón de sus heridas, sacó de su bolso unos zapatos negros, eran nuevos y hermosos, nos relató que se los habían regalado, pero que ya no los quería usar porque habían destrozado sus acorazados pies, todos reímos e hicimos sugerencias para que no se sienta mal y consideró solo usarlos para estar en la sala de clases. Esta historia fue real, agregando fantasía normal y nos lleva a un pasado sufrido, pero genial”.

Los trayectos de ida y de regreso a la escuela, siempre fueron “caminando” y en algunos casos quienes provenían de los lugares más alejados, “los solían llevar a caballo” sobre todo en periodo invernal. En muchos casos el trayecto demoraba más de una hora, implicando salir de las casas muy temprano en las mañanas, en penumbras, al amanecer. Todo lo anterior, no constituía impedimento para cumplir las obligaciones escolares. En ese tiempo, los caminos en general eran todos de tierra; solo el camino principal tuvo ripio, pero fue mucho más tarde, casi al final de la década de 1970. Precisar además que no siempre el trayecto era por los caminos más transitados, también se optaba por atajos, huellas o senderos a través de los bosques y predios particulares aledaños.

Foto N° 7



La cotidianidad del sector era dinamizada por los alumnos que mañana y tarde *“acudían y regresaban hacia y desde la escuela”*. Los trayectos que debían acometer los estudiantes conllevaba a que acudieran generalmente en *“parejas y grupos”*, sean estos hermanos, parientes y vecinos. Así, el camino se poblaba en ciertos momentos de estos escolares, que iban conformando grupos de acuerdo a los distintos sectores de donde provenían. Estas dinámicas también penetraban el espacio del hogar, cuando los padres para apurar a sus hijos ante el inminente atraso, *“relataban en voz alta”* a quienes habían visto pasar antes por el camino dando cuenta de una suerte de método simbólico de control tiempo; así expresiones como: *“apúrense, están atrasadas, que ya pasaron los Alarcón”* era una cotidianidad según recuerda Maritza Vera Peña (1975-1981). En ese entonces, no existían medios telefónicos, ni virtuales para comunicarse y en ese marco, el *“acuerdo previo”*, que en este caso consistía en respetar la hora concertada *“para pasarte a buscar”* era significativo para esto en particular y para muchas otras interacciones entre las personas. También en ocasiones como medio de refuerzo a estos acuerdos, se debía recurrir a los *“chiflidos o gritos”* desde el camino hacia las casas, forma efectiva de

anunciarse ante los atrasos y de esa forma apurar a los compañeros *“para que nos fuéramos todos juntos”*.

Floridemia Peña Azócar (1953-1958), de 76 años, recuerda *“más o menos”*, haber ingresado a la escuela en 1953. Señala respecto de su trayecto, que lo hacía *“caminando no más”* desde Copihuelpe Alto distante a unos diez o quince minutos de la escuela, recorrido donde se hacía acompañar por algunos de sus 13 hermanos. Así entonces, venían *“acortando camino”* por huellas o senderos interiores de los predios. En ese derrotero diario se juntaban con otros grupos que *“bajaban”* por el mismo rumbo, y eran los niños y niñas de las familias Vildó, Peña Seguel, Lagos, Riffo y Herrera. Recuerda esas caminatas *“y en esas subidas nos entreteníamos, cualquier tiempo subiendo, antes eso era puros árboles, todo eso era monte no más, eso y puros caminos de tierra”*.

En estos recorridos cotidianos y especialmente en ceremonias que se desarrollaban en la escuela, los estudiantes acudían con sus familias. En la época en que estaban las religiosas a cargo del establecimiento, en los años 50, Floridemia Peña Azócar recuerda: *“todos los años las monjas hacían una presentación, armaban un prosenio, ahí adelante, una cuestión alta”*. En esa infraestructura entonces, los estudiantes presentaban distintas expresiones artísticas, principalmente cantos, bailes y recitaban poemas. Recuerda Flor Peña una anécdota en particular: *“nos mandaron a ver el acto, nosotras no íbamos a salir en nada, con la Galicia (esta última era su hermana) y a mí nos mandó mi mamá, toda la gente adentro y no nos atrevimos a entrar, nos dio vergüenza y nos quedamos en los ciprés y de ahí por la ventana miramos y lo vimos todo lo que hicieron”*, para después en casa relatar a su madre el acto escolar con todo tipo de detalles, no obstante nunca ingresaron a la ceremonia. En este entorno natural, los cipreses, eran unos árboles grandes, ubicados por la parte trasera de las salas de clases y que se erguían por todo el perímetro del sitio de la escuela. Eran también usados para jugar, allí instalaban las *“casitas”* las mujeres para sus juegos en los recreos, se columpiaban o simplemente se subían para esconderse entre su follaje o ver desde una perspectiva privilegiada las actividades escolares.

Sinforiano Cortés Peña de 77 años, estudió desde 1951 hasta 1957, un año más de lo habitual, porque según relata *“repetí el 3° Básico”*. Recuerda que, al inicio del periodo escolar a algunos niños, los

más pequeños, los iban a dejar sus padres, al menos en sus primeros días de clases. En su caso, se hacía acompañar por su mascota, su perro regalón, lo que estaba permitido en esos tiempos y sobre ese particular recuerda:

“Mi primer tiempo de clases: Un día de marzo 1951, papá me fue a dejar, acompañado de mi fiel mascota, un perrito chico, negrito de nombre “Gingo”, que me acompañó unos dos años, pacientemente, me esperaba hasta la hora de regreso. Un día mi padre armó una trampa para cazar un zorro que causaba mucho daño a nuestras aves, y mi compañerito quedó atrapado separándonos para siempre”.

En 1950 y antes, las “monjitas” residían en el establecimiento. La casa habitación de estas religiosas, estaba adosada a la capilla y la jornada escolar no necesariamente finalizaba con la campana habitual de fin de clases, sino que continuaba justamente en la capilla. Sinforiano Cortés Peña al respecto relata:

“Nuestra jornada terminaba a las 16 horas luego todos los días, nos dirigíamos a la Capilla para rezar el Santo Rosario, acompañados musicalmente, por el “armonio” que la Hermana Sor Blanda, manejaba con mucha destreza, y durante el Mes de María cada estudiante llegaba con su ramito de flores que llevaba de su hogar o pasaba a sacar de los rosales de algún vecino (robar, suena feo), y como había un estero, allí quedaban hasta la tarde. Siempre admiré como las monjitas cambiaban las flores todos los días. En lo personal, de ahí aprendí a rezar el Rosario y las oraciones del Mes de María, hasta el día de hoy”.

Después de extensas jornadas escolares se emprendía el camino de regreso a casa. Aludiendo a experiencias en las primaveras de los años de 1950, con mejores condiciones climáticas, en las tardes al iniciar el trayecto de regreso a sus hogares, también había momentos particulares, como los referidos por Sinforiano, que denomina como “Fútbol de regreso a casa”. Así relata que, a fines de octubre y noviembre:

“Con los días más largos, después de la hora de salida, alrededor de unos 12 estudiantes que hacíamos la misma ruta, hombres y mujeres”, armaban la “pichanga de fútbol, era lo más divertido, según nosotros; pero antes de ponerle término, había dos alumnos que eran hermanos y se iban primero, mientras subían una pendiente comenzaban a discutir con dos compañeras y se decían de todo, como los peores enemigos. Al día siguiente nadie mencionaba lo sucedido, sin embargo, esta situación se repetía todas las tardes. A mí me parecía tan raro, porque en el colegio seguían siendo compañeros”.

Honorindo Calfulaf Millahueque (1957-1962) de 72 años, era residente en el sector conocido como el “cerro”, distante a más de cinco kilómetros de la escuela, tres de los cuales eran por el camino hasta el límite con Liumalla y desde ahí se debían internar otros dos kilómetros por un sendero boscoso en subida “cerro arriba”; todo lo cual le demandaba más de una hora de camino a pie diariamente. Aun así, había otros que caminaban aún más como los que vivían al “otro lado del río y daban la vuelta por arriba en el único puente que había que era uno de madera donde los Nabuelpán” ubicado a unos tres kilómetros de la escuela. Aclara que era más difícil en ese tiempo donde no estaba el camino actual “no existía el camino de la cruz, pasábamos por abajo por la orilla del río”, por lo que era más peligroso y complicado. Para estos largos trayectos el roquín de camino era muy importante “con 2 rebanaditas de pan teníamos para el día”. También lo que comían de regreso a casa; pues con sus compañeros de ruta solían portar un tarro con harina tostada y se detenían a merendar “agua con harina, en las canogas donde don Santiago Vera” y aprovechaban de sacar manzanas de la quinta, siempre temerosos de ser sorprendidos por los dueños.¹⁹

Una década después no eran muchos los cambios en estos recorridos y es así como Carlos Cortez Montes, (1967-1972) recuerda que para ese periodo:

“En octubre, noviembre y diciembre nos pasábamos, a bañar al río Cruces casi todos los días y por supuesto nos ganábamos un castigo en casa. Igualmente pasábamos a robar frutas de temporada aun ver-

19 Canogas: refiere a canaletas de madera, un tronco ahuecado o dos tablas unidas en V, usadas para transportar el agua de vertientes desde su origen hasta los patios de las viviendas para consumo familiar.

des a las casas aledañas al camino. Al lado del colegio generalmente, don Julio Arriagada sembraba mucho y nosotros no encontrábamos nada mejor que ir a jugar en el sembrado y lo dejábamos todo estropeado, lo cual lo irritaba mucho ya que era su sacrificio y nosotros no veíamos el daño que hacíamos. Siempre nos castigaban por eso”.

Foto N° 8



La vida comunitaria en estas localidades rurales, pequeñas, y alejadas de los centros urbanos, presenta características de una relación vecinal más estrecha y personalizada, con historias comunes muchas veces de sacrificio y esfuerzo, con reconocimiento y valoración del trabajo de muchos de los residentes. Acudir a la jornada escolar para los niños y niñas del sector, implicaba también muestras de esfuerzo cotidiano. Estas dificultades se resolvían de alguna manera, así algunos estudiantes eran “*albergados*” en casa de las religiosas profesoras en su momento, o se quedaban en casa de familiares o amistades que vivían más cerca, al menos de lunes a viernes, operando así una red local solidaria, y otros debían “*tomar pensión*” que consistía en el pago en especies o frutos de las cosechas como retribución por el alojamiento y comida de los hijos. Honorindo Calfulaf Millahueque refiere que algunos quedaban

donde familiares como *“Jorge Lincopán Millabueque que pagaba pensión donde el tío Marcelino Millabueque”*.

El hecho de conocerse la gran mayoría de las familias generaba muestras de solidaridad a temprana edad, como refiere Gloria Calfu-laf Santos (1981-1987) de 47 años, quien recuerda que, los caminos eran intransitables, *“eran de mucho barro”*. En ese entonces, de seis años de edad, recuerda sus primeros días en la escuela y como las vías de acceso presentaban estas condiciones, las cuales eran sorteadas, en el caso de ella, con la colaboración de una compañera más grande (Mirna Alarcón) *“que me pasaba en apa”*.

En la búsqueda institucional por contribuir a mejorar las condiciones de desplazamiento de la población escolar, es que a inicios de 1980 con la llegada de la municipalización se intentó tener una especie de hogar internado en una casa que estaba adosada a la capilla, para los estudiantes que vivían más lejos, para evitar así las largas caminatas. Según relata Mónica Millafile Calfueque (1980 a 1983) de 51 años, *“un grupo de unos 7 alumnos se quedaban en las noches hasta el viernes, y tenían una cuidadora, además de los profesores que vivían en la escuela de Copihuelpe”*. También las familias generaban estrategias para acercar a los niños y jóvenes, o para hacer más seguro el trayecto, Mónica relata que su tío Pedro Calfueque la acompañaba caminando en las mañanas bajando del cerro donde vivían, para dejarla donde otra compañera *“me dejaban donde la Mirna Alarcón, igual era lejos de la escuela”*, pero al menos se iban acompañadas, también recuerda que en ocasiones se quedó donde la *“tía Herta Arriagada para desde ahí ir a clases”*; como esta vecina vivía sola en ese tiempo, Mónica le acompañaba y de esta forma ambas tenían una *“ganancia solidaria”*.

Posteriormente Mónica Millafile Calfueque deja en claro que *“me cambié a la escuela que se abrió en Liumalla, donde iba con mis hermanos y me quedaba más cerca”*.²⁰ Muchas de estas vivencias, se mantienen en los recuerdos de los vecinos. Oscar Arriagada Inzulza (1978 a 1982) al respecto, dice que *“tengo muy buena memoria”*, y recuerda a la gran mayoría de los compañeros/as que tuvo en esa escuela, con muchos de ellos *él se ha* reencontrado en Loncoche y Villarrica, y refiere:

20 Perteneciente a la Comuna de Villarrica.

“...Luego fuimos amigos” y “jugamos fútbol, familias grandes con muchos hermanos, primos/as, Hidalgo, Garcés, Vildó, Montes, Cortés, Nabuelpán, Herrera, Antilef, Sepúlveda, Catalán, Alarcón, Calfulaf, Millabueque, Calfueque, Santos, Lagos, Peña, Flan-dez, Vera, Espinoza, Mella y Arriagada, los últimos de varias familias o parientes”.

Los caminos y sus dinámicas comienzan a experimentar, entrados los 2000, un vertiginoso descenso de alumnos. La consolidación de los fenómenos migratorios campo ciudad también se hacen presente en este territorio. De esta manera, se describe la compleja situación que afecta a la educación rural de Loncoche:

“La gran mayoría de los niños provenientes de los sectores rurales se ven obligados a trasladarse hasta Loncoche, Huiscapi o La Paz para terminar con su enseñanza básica. Un factor relevante de destacar es el cierre de establecimientos educacionales rurales, producto de la fuerte migración campo ciudad ocurrida en los últimos años... Por otra parte, se suma el descenso de la población en edad escolar... cabe mencionar que gran parte de estos establecimientos posee deficiencias de infraestructura, tales como: cocina, comedor, instalaciones de baños y red húmeda adecuadas, así como espacios e infraestructura deportiva y recreativa”. (Plan de Desarrollo Comunal, PLA-DECO Loncoche 2003 – 2010).

La memoria vecinal respecto de esas experiencias vitales vinculadas al periodo en que concurrieron a esta escuela se encuentra permanentemente presente. El devenir posterior que terminó cerrando la escuela, también resignificó esos tiempos de compartir en esos otros espacios que hemos denominado “la otra escuela”, aquella en que se aprendía para la vida, entre recorridos, conversaciones, travesuras infantiles, compañerismo y compañía, que eran los componentes de las vivencias inolvidables de aquellos cotidianos viajes de ida y regreso.

Foto N° 9



Recreos y alimentación: recuerdos que más se recuerdan

Recordar los recreos de antaño y la comida de esos tiempos de escuela, resulta ser uno de los aspectos más gratos y fáciles de evocar para la memoria comunitaria. Así entonces, es posible reconstituir estos dos aspectos de la vida escolar que distintas generaciones de estudiantes refieren sobre este establecimiento rural.

Uno de ellos, Ricardo Peña Figueroa (1953-1956), recuerda que para esos años la escuela no ofrecía alimentación, pero “*las monjitas daban leche, había que llevar harina. Sí, yo llevaba mi jarrito de lata*”. La leche con “*harina tostada*”, un “*ulpo de leche*” era uno de los alimentos más utilizados por las familias rurales de La Araucanía. Producido a partir del trigo tostado; procedimiento este último desarrollado a fuego directo mediante una “*vallana Mapuche*”, colgada en el fogón de la ruca y que se mueve manualmente sobre las llamas. En la actualidad el trigo tostado se muele en molinillos caseros, lo que a principios del siglo XX se hacía a través del “*kudi*” (piedra de moler). En esos tiempos, “*acarrear cada uno su jarrito*”, era necesario ya que las familias proveían a cada niño su porción de “*ñaco*” (harina tostada) y bastaba así solo agregar la leche caliente que preparaban las religiosas.

En los inicios de la escuela, las familias también proveían a sus hijos de la alimentación diaria, misma que era llevada por los propios estudiantes. Cuando estaban presentes las religiosas en la administración, estas residían a un costado de capilla. En ese lugar existía un espacio, “*tipo un galpón*” con piso de tierra, donde había un fogón en el centro donde se instalaba una parrilla para ubicar unas ollas grandes en las cuales cocinaban los alumnos mayores y así era preparado el almuerzo, bajo la supervisión de alguna de las religiosas. Esta situación es evocada por Sigisfredo Peña Azocar estudiante

en la escuela entre 1961 a 1965 que refiere: “*detrás de la capilla había un galpón con un tremendo fogón y ahí se hacía la comida*”. También existía una huerta desde donde se producían los alimentos para la comida y eran los estudiantes que trabajaban en los cultivos, como señala Honorindo Calfulaf Millahueque, (1957-1962) que refiere: “*todos los más grandes trabajábamos... y las religiosas nos daban un queso amarillo suizo y un pan riquísimo a los que trabajábamos en la huerta*”.

Posteriormente, en los comienzos de la década de 1980, con la llegada del Programa de Alimentación Escolar (PAE), fueron habilitados espacios que servían como cocina y comedor.²¹ En ese espacio había un lavadero, además de una cocina a leña, donde se preparaban las comidas en grandes ollas de aluminio “*los fondos*”, con capacidad para unos 20 litros, como refiere al respecto, Ailsa Peña Figueroa (1958-1962), quien trabajó como manipuladora de alimentos, e incluso se inició como ayudante de cocina cuando cumplía 14 años de edad, precisamente en las fechas donde se inició este sistema de proporcionar almuerzo de manera institucionalizada. Precisa esto último y le da un carácter de hito, al señalar que: “*cuando las monjitas se fueron a Pulmahue y quedó de directora doña Inés Cheysal*” fue la fecha en que el sistema de alimentación fue implementado, es decir, cuando el Ministerio de Educación tomó su administración. Esta ex manipuladora, refiere como dato importante, que en un primer momento, “*solo se daba almuerzo*” y posteriormente se agregó a este servicio el “*desayuno*”. Eran alimentos que llegaban a la escuela en conserva y en ese sentido: “*los chiquillos no querían comer, era todo en lata*”; dado que era un tipo de alimentación ajeno a los alumnos, y de ahí que la gran mayoría rechazaba este tipo de comida.²²

Entre los alimentos más recordados, no tan solo a nivel local, sino que, en todo Chile, se encuentran los “*galletones*” que eran entregados junto a la leche. Este producto destacaba por su dureza y

21 El Programa de Alimentación Escolar (PAE) de la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas (JUNAEB) fue creado en 1964. Originalmente entregaba alimentación a estudiantes en condición de vulnerabilidad de establecimientos educacionales públicos. Cobertura que actualmente se extiende a los establecimientos subvencionados, en educación parvularia, básica, media y adultos.

22 Entre 1980 a 1984 la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas (JUNAEB) en el marco de su política nacional, enfatizó en esos años por la opción de la alimentación envasada (enlatados, deshidratada, congelados) y una externalización a través de contratos con empresas privadas del rubro.

entre las fórmulas para consumirlos, estaba el remojarlas en la leche. Las razones de que estos “*míticos galletones*” fueran tan duros para el consumo, obedecía al alto contenido de hierro en su preparación para evitar la anemia en los escolares de esos años.²³

En cuanto a los utensilios usados para la alimentación, en sus inicios en 1970 aproximadamente, los propios estudiantes llevaban sus “*platos y cubiertos*”; los cuales eran marcados con el nombre del alumno, o a través de alguna otra señal que los identificara, ya que todos juntos eran ordenados y guardados. Estos implementos permanecían durante el año escolar en un estante habilitado para estos efectos que se ubicaba en la cocina. Posteriormente a fines de la década 1970 estos utensilios fueron reemplazados por bandejas de plástico donde se servía el almuerzo y los jarros para servir la leche saborizada, que junto al galletón antes descrito constituían el desayuno cotidiano.²⁴

Juana Ebner Calfulaf (1973-1979) de 56 años, vecina que ingresó de cinco años a primero básico, dado que “*cumplía años en mayo*”, recuerda que para 1973, en las épocas de frío, se utilizaban “*braseros con carbón*” para temperar las salas. Para prender este recurso de calefacción: “*eran los cabros más grandes, había algunos de 15 años los encargados para esa tarea*”. En materia de alimentación, todos “*llevaban roquín*” que consistía básicamente en “*pan, o pan con huevo, mantequilla, con mermelada o manzanas y membrillos; los jugos no se conocían*”. Continúa, precisando que:

“Cuando yo empecé a ir al colegio, se cocinaba, (no recuerda que entidad proporcionaba ese servicio) pero todos tenían que llevar su plato y en la cocina había una repisa y ahí estaban los platos y cada uno conocía sus platos y los tomaba y después se pasaban a los fondos donde la cocinera te servía”.

23 A través de la cuenta informativa de “JUNAEB te apoya” en la plataforma X de 12 de febrero de 2020 refiere sobre este dato en particular.

24 En abril del 2019, JUNAEB anunció la materialización del programa “**De la bandeja al plato**” que en lo principal reemplaza la tradicional bandeja plástica por vajilla. Según la prensa de la época, se señalaba, que “*tras varias décadas de vida estudiantil, las clásicas bandejas de plástico duro en las que se servía la comida en los distintos colegios de Chile pasarán a graduarse y jubilarse, para dar paso a la vajilla, igualita como la que mamá sirve en casa*” Fuente: <https://www.lacuarta.com/cronica/noticia/junaeb-cena-bandeja/361468/>

Gloria Calfulaf Santos, (1981-1987) recuerda que para 1981, la comida en ese entonces era *“muy mala”*, en especial los *“garbanzos y unos guisos de pollo”*. Prevalecía cierto rechazo de los estudiantes a la comida entregada por la escuela, una suerte de constante que persistió en el tiempo, para una gran mayoría de alumnos. Las condiciones precarias de la infraestructura de la cocina y comedor era una problemática asociada de igual forma a la alimentación, y que se traducían en que el espacio destinado a comedor, primero en la misma cocina y luego en una pequeña sala habilitada para ello, no estaba en buenas condiciones. Así lo describe, Gloria: *“tenía hoyos en el piso, y ahí nosotros con los compañeros botábamos la comida, o se la dábamos a algún compañero que le gustaba, pero las niñas no la comíamos”*.

La alimentación escolar constituyó un hito importante en esta escuela rural y en general este tipo de iniciativas de la política pública, especialmente en sectores aislados, alejados de centros urbanos, constituyeron un aporte a la economía familiar. Uno de los primeros impactos es que modificó aspectos vinculados a la nutrición, donde aparecieron entre los vecinos nuevos conceptos, y que comenzaron a ser usuales en la cotidianidad campesina, tales como: *“nutritivo”* y *“alimentación balanceada”*. Sumar una serie de otros cambios culturales, al introducir en las cocinas familiares preparaciones de comidas, *“menú”*, hasta entonces desconocidas para el entorno rural. Previo a todo este proceso masivo y estandarizado, los estudiantes, como hemos señalado, concurrían con su *“roquín”*, donde este básicamente consistía en una provisión de pan y frutas, y que era consumido en *“cualquier parte”* (momento y lugar). Aquellos que residían cerca de la escuela, podían concurrir a almorzar a sus casas. El programa de alimentación en escuelas como estas introduce un orden en la vida de los escolares y sus familias, estableciendo horarios, uniformando patrones de consumo y generando un nuevo espacio de convivencia al interior del recinto escolar que se materializaba en este caso en el comedor del establecimiento educacional.

Foto N° 10



La posibilidad de encontrarse con otros niños del sector o sus alrededores y compartir juegos y divertirse, era una de las principales motivaciones para asistir a la escuela en el campo, considerando que no existían allí parques, plazas u otros lugares de reunión, ni mucho menos juegos infantiles. Así lo representa, Honorindo Calfulaf Millahueque cuando señala: *“nos interesaba más ir a jugar al trompo ahí en el patio, poco interés por aprender”*.

Floridemia Peña Azócar (1953-1958); recuerda los recreos, y de estos refiere: *“jugábamos muchas cosas que ahora...buh, ya están olvidadas”*, y destacan entre muchos *“el trompo”* y el *“fútbol”*, que eran practicados casi exclusivamente por los hombres. Sin embargo, *“la pelota”* era el implemento por excelencia utilizada en los recreos, entre todos los niños y niñas; se podía jugar a *“tirarla”* o a la *“matanza”*. Entre las niñas primaba el jugar a la ronda del *“arroz con leche”*, al *“luche”* o a la *“tiña”*.²⁵

25 El trompo, es un juego usando ese juguete tradicional chileno. En tanto, el juego de pelotas, *“tirarla”* consistía en lanzar la pelota entre compañeros, con la única regla de que no caiga al suelo; la *“matanza”* juego con 2 equipos, que consiste en arrojar la pelota a los oponentes y el que resulta tocado sale, gana el equipo que queda con el último jugador. *“Arroz con Leche”* es una canción de ronda tradicional. La *“tiña”* es un juego en que todos

Otro contemporáneo de Floridemia, en este caso Sinforiano Cortés Peña (1951-1957), describe los “juegos de esa época” y para ello refiere:

“Las niñas, jugaban diversos tipos de rondas, juegos con muñecas de trapos, las visitas, saltar la cuerda, a las escondidas, trepar a los árboles (había caídas), la gallinita ciega, el azúcar candia, el lucbe...”.

El “Lucbe”, es entre las niñas, el juego más popular y recordado en Copihuelpe y también en La Araucanía. En entrevista realizada en el año 2005; Ana Pérez Henríquez, de 83 años de edad en ese entonces, pormenorizó respecto del juego del “Lucbe” en la década de 1940, aproximadamente. Ana Pérez, vivió su infancia en el fundo “Nueva Etruria” al noreste de la comuna de Pitrufquén, en lo que es ahora la Región de La Araucanía.

“Para este juego era necesario hacer una cancha, en suelo firme, parejo y seco, de lo contrario no resultaba y corrían el riesgo de resbalar y caer. La cancha se marcaba en la tierra con un palo cualquiera. Se dibujaban diez cuadrados del mismo tamaño (1 por 1 metro, aproximadamente). Estos eran dispuestos en fila, es decir, uno detrás de otro, con una base en común. Finalmente, se dibujaba una medialuna que se llamaba “el descanso”. Además, se necesitaba una caja de betún de zapatos vacía, la que se llenaba con tierra húmeda “para que le diera peso” y luego se aplastaba un poco “para que quedara más apretada”.

“El lucbe se jugaba entre dos o más niños y por turno. El primer jugador se ubicaba frente al primer cuadrado y lanzaba la caja en su interior. Luego, apoyado solamente en un pie, debía saltar hacia esta misma posición y, manteniendo el equilibrio, debía impulsar la caja al siguiente cuadrado, utilizando para ello el mismo pie de apoyo. Entonces, el jugador saltaba al segundo cuadrado, cuidando de no pisar las líneas divisorias. Nuevamente empujaba la caja hacia la tercera casilla y así sucesivamente, hasta llegar al “descanso”, donde recién estaba permitido pisar con los dos pies. Luego, sin haber levantado la caja, el jugador regresaba a la posición inicial

arrancan y un jugador los persigue para infectarlos.

*utilizando el mismo procedimiento. Si el jugador realizaba el trayecto completo sin cometer ninguna falta, conquistaba la primera posición y podía continuar jugando, esta vez, lanzando la caja directamente al segundo cuadrado”.*²⁶

Para Copihuelpe, Sinforiano hace la diferencia con los juegos que prevalecían entre los niños, señalando para ellos: “*el juego de pelota, al paco – pillo, saltar la cuerda, competencia de carreras, el trompo, los bolitos, la cuerda, las refaladas (resbalar) en el patio mojado, el tejo (rayuela), saltar al burro (uno agachado apoyando las manos en sus rodillas y los demás saltaban sobre él con las piernas abierta), carreras con relevo*”. El hermano de Floridemia, Sigisfredo Peña Azocar enumera varios juegos *de ese entonces* (1961 – 1965): “*jugábamos al trompo, a las bolitas, a la tiradura de bueyes*” (dos compañeros hacían de bueyes y otro los dirigía), “*al corderito sale a tu puerta*” o con la pelota a “*Chile – Perú*”, juego similar a las naciones o la matanza, por equipos y con una línea divisoria lanzándose la pelota para golpear a un contrincante, quien al ser tocado debe salir.

Son pocas las variaciones en este ámbito, que se observan en décadas más recientes. Así Carlos Cortez Montes, de 62 años, refiere que, en 1967, estando en primero básico, recuerda los recreos, y los juegos que ahí se desarrollaban:

“Siempre eran competencias. Se jugaba Chile-Perú, los niños más grandes hacían de caballo y los más pequeños de jinetes al apa y hacíamos topeadas imitando los caballos. Las niñas jugaban a las muñecas, igualmente, jugábamos a las escondidas y nos escondíamos en la torre de la capilla que estaba al lado”.

26 [Continúa la entrevista] *Una vez conquistada la segunda posición, comenzaba nuevamente, esta vez, partiendo del tercer cuadrado y así sucesivamente. Se consideraba una falta el pisar una línea divisoria, ya sea con el pie o con la caja, además, se castigaba que, en el lanzamiento de ésta, cayera en una casilla distinta a la que correspondía. Estaba permitido cambiar de pie en el trayecto, pero nunca apoyar ambos, ni siquiera por un instante, excepto en la zona de descanso. En caso de producirse un error por parte del jugador de turno, proseguía el siguiente jugador, el que iniciaba su juego desde la primera posición o desde la última conquistada. Ganaba el juego quien lograba conquistar primero las 10 casillas. La señora Ana, recuerda una pequeña variación con respecto al juego recién descrito. Ésta tiene relación sólo con la forma de la cancha y no con el desarrollo del juego. En este caso, los diez cuadrados se dibujaban en dos filas pegadas una al lado de la otra, es decir, quedaban dos trayectos de cinco casillas cada uno, el primero que se “utilizaba de ida”, hasta llegar al descanso y el segundo “para la vuelta” (Entrevista realizada por Doris Bucarey Sepúlveda, USS, Valdivia, 2005).*

Maritza Vera Peña, estudiante desde 1976 a 1981, señala:

“Recuerdo los recreos, las niñas jugábamos a la ronda, al luche con latas de betún con arena, a la escondida, a la quemada con pelota de trapo que hacíamos nosotras y, lo más entretenido, era que jugábamos a “las visitas” con nuestras casas en un árbol gigante que había detrás de la sala grande, un ciprés, hacíamos ensalada con tallo de murras, flores, frutas verdes (sin madurar) con sal y las comíamos de verdad.”

Estos juegos de roles, que pueden enmarcarse como parte de la función socializadora de la escuela en la niñez temprana; donde se replicaban vivencias de los hogares o familias, eran más propios de las niñas, quienes solían incluir a sus hermanitos menores; y en ellos jugaban a recrear experiencias familiares y usaban las plantas y frutas como comida “de verdad”, ya que era natural en su entorno alimentarse de vegetales cultivados o recolectados por las propias familias.

Foto N° 11



A fines de la década del 1970 le correspondió asistir a Oscar Arriagada Inzulza (1978 a 1982) quien, al aludir a sus experiencias más memorables en la escuela, señala: *“que muchas anécdotas vividas, juegos variados y sanos, recreos muy largos”* y aporta con un breve cuento de su autoría titulado *“La Gran Carrera”* que transcribimos a continuación.

“Era un día más de clases en nuestra querida Escuela Rural, era otoño, estábamos creando un cuento, tocó la campana y por fin salimos a recreo, la carrera había quedado amarrada o planificada en el día anterior. Todos habían preparado sus caballos, una buena rienda y algunas decoraciones que los hacían mucho más atractivos para atraer apostadores y admiradoras, antes eran unos simples coligues, ahora unos perfectos caballos de carrera.

Todos cumplían diferentes roles, había vendedores, apostadores, propietarios, gritones y veedores o jueces. Los jinetes eran los más admirados, pues también cumplían con ser las “patas” de los caballos que competían, el ganador siempre era admirado por las niñas y se sentía un “Don Juan”, aunque generalmente eran los más malos de la clase, pero a su vez los mejores atletas. Las apuestas estaban listas entre “Los de arriba”, que eran los que vivían en el sector alto de la localidad; y “Los de abajo”, que eran los que vivían en el valle o sector bajo.

Todo iba a comenzar, pero algo extraño interrumpió el certamen, sonó la campana para entrar a clases, justo ese día el recreo fue más corto, algo muy anormal ya que el que menos duraba llegaba a una hora. Después se comentó que los profesores iban a ser supervisados porque unos padres se habían quejado por la pérdida de tiempo y que sus hijos no aprendían nada, para mí una gran mentira, para nosotros lo más significativo eran los recreos.

La carrera fue suspendida, todo quedó en suspenso y por esas cosas del destino nunca se pudo concretar, una de las razones fue que el auxiliar juntó todos nuestros caballitos, no precisamente para alimentarlos, sino que, para convertirlos en leña, pobrecitos, fueron quemados sin piedad y utilizados como combustible para cocinar los alimentos de la semana...Y colorín colorada, esa carrera nunca llegó a ser concretada”. (Fuente: Óscar Rolando Arriagada Inzulza).

En cuanto a los artefactos o materiales propios de los juegos descritos, estos no eran sofisticados, ni menos del ámbito tecnológico. Tampoco era posible comprarlos en algún comercio, por lo que adquiere en la comunidad escolar especial relevancia la creatividad que se dirigía al uso funcional de los recursos propios y lo disponible en el entorno. En ese marco se utilizaban envases o materiales, y una lata vacía de esas de betún de calzado como teja en el luche; un palo para marcar los arcos, para dibujar las líneas en la tierra, o los mismos árboles usados para simular una vivienda o columpiarse en las ramas de estos. Recordar que priman juegos donde se utiliza la energía humana preferentemente: “*rondas, escondidas, tiña, a pillarse, carreras de caballo y carreras al apa*”. También disfrutaban con juegos de aventuras como, escaparse “*hacer la cimarra*” para ir a rodar entre los sembradíos del predio colindante. Así, el patio, la cancha, todo el amplio entorno de la escuela y de capilla, era el espacio ideal para jugar, siempre al aire libre; y cuando la lluvia impedía salir afuera, los recreos transcurrían en las mismas salas, pues no existía un patio techado, ni mucho menos un gimnasio o sala de juegos.

En este contexto, una mención especial recae en “*la pelota*”, compañera por excelencia en diversos juegos, siendo utilizada indistintamente por niños y niñas. En torno a la pelota se lograba la gran mayoría de las veces que todos se reunieran en juegos mixtos sin diferencia por género. Quienes asistieron desde los inicios de la escuela hasta la década de 1980, destacan de la pelota, el hecho que esta fuera confeccionada por los propios niños. Al respecto, Sinfiorano Cortés Peña (1951-1957), “*si no había (pelota), se armaba una con trapos viejos o lana dentro de un calcetín, había unas de goma que se partían por la mitad*”. Como fuera, la pelota siempre estaba disponible ya fuera para jugar algún deporte, o a la “*quemada o las naciones*”, o simplemente para jugar a “*tirársela sin que se caiga*” al suelo. Principalmente usada para el fútbol y existía una cancha en el patio, que en rigor era un espacio de 50 por 20 metros aproximadamente, sin que cumpliera en lo más mínimo con las medidas reglamentarias para este popular deporte. En la jerga escolar, se entiende como jugar “*una pichanga*”.²⁷

27 En Chile se entiende que una “pichanga” es un partido de fútbol, pero informal, y donde el último gol gana todo el partido, es decir, borra el marcador de todos los goles hasta ese último que es quien gana. Común es su práctica en barrios y poblaciones, y no es necesaria una cancha formal, pues se recurre a cualquier espacio disponible que pueda ser adaptado para estos fines.

Los arcos estaban confeccionados con dos varas enterradas, un travesaño y no contaban con redes. Las medidas de los arcos eran “*a ojo*”, es decir aproximadas. Tampoco era impedimento la irregular nivelación del terreno, lo que hacía que primaran los relieves y hoyos.

En este escenario, para el fútbol de la escuela de Copihuelpe, las reglas eran adaptadas a los criterios locales, y por ende no se contabilizaba el tiempo de juego, sino que recurrentemente era utilizada la fórmula de “*cambiar de lado*” a una determinada cantidad goles. Muchas veces el partido finalizaba cuando sonaba la campana que daba por terminado el recreo. Los materiales usados para las pelotas oficiales en la época tampoco eran adecuados para climas lluviosos, ya que como recuerda Sigisfredo Peña siempre había una pelota que era de la escuela y se la pasaban para jugar “*en ese tiempo eran de cuero las pelotas, y cuando se mojaban se ponían muy pesadas*”, en esas condiciones no se podía usar; esa pelota de cuero era cuidada como un tesoro y cuando se rompía era llevada “*a arreglar*” donde algún familiar que se dedicara a reparar calzados y que, por ende, podía coserla.

Lo anterior, experimentaba cambios, cuando emulando a los torneos de fútbol de los adultos se participaba en los juegos escolares, oportunidad en que los estudiantes “*armaban*” un equipo con los mejores jugadores, para competir contra los equipos de escuelas rurales vecinas, consideradas como rivales como eran Liumalla y Huaqui. Oportunidades en que se jugaba en canchas reglamentarias, con tiempos y reglas propias de este deporte. Así recuerda estos eventos don Sinforiano Cortés Peña, quien estuvo en el establecimiento hasta el año 1957:

“Las idas a la escuela de Liumalla: Era común que cada año, en tiempo de primavera, fuéramos como escuela al sector de Liumalla, donde también había un colegio de religiosas, (Franciscanas del Sagrado Corazón). Para nosotros, más que un paseo era una fiesta, salir temprano, con un mínimo de “cocaví” y en lo posible zapatos de recambio. Generalmente el infaltable partido de fútbol, y las barras femeninas que animaban a sus compañeros, un buen almuerzo y por la tarde de regreso entre gritos y travesuras, sintiendo el agotamiento al llegar a nuestras casas”.

Posteriormente, durante la década de 1980, se institucionalizó esta práctica de competencias deportivas entre escuelas rurales, impulsadas como parte del calendario de actividades extraescolares de los establecimientos, que fueron conocidas como *“Juegos Escolares Rurales”*. Actividad que, con algunas variaciones, persiste en la actualidad en el sistema educacional de la comuna.

Gloria Calfulaf Santos de 47 años (alumna entre 1981 y 1987) al respecto señala:

“los juegos rurales eran donde íbamos todos los alumnos con los 2 profesores que habían... estos duraban todo el día porque había competencias de salto alto y largo, carreras en sacos y fútbol” recuerda que “competíamos contra Liumalla y Los Copihues, en cuanto a la alimentación, llevábamos colación y eso compartíamos”.

Estos juegos se desarrollaban en las dependencias de las escuelas participantes, usando canchas, salas para guardar equipamiento y los comedores para proveer de alimentación a los asistentes. En Copihuelpe, cuando correspondía ser sede de esta competencia intersectorial, se recurría a la utilización de predios vecinos que contaban con terrenos que cumplían con las medidas para habilitarlos a condiciones más reglamentarias. Espacios que eran facilitados por las familias propietarias como los *“Arriagada y Velásquez”*, siendo muestra de la estrecha vinculación de la escuela rural con la comunidad.

Foto N° 12



Escuela y capilla

Muchos de los testimonios locales coinciden en situar, desde mediados de la década de 1920 aproximadamente, como fecha establecida en lo que respecta a los inicios de los trabajos de construcción de la escuela, pero a la luz de los relatos vecinales se precisa que fue primero la edificación de una capilla católica y que las primeras clases se hicieron en espacios de dicha capilla, así la historia de esta última y de la escuela están ligadas estrechamente.²⁸ Esto último revela como es sabido, la importancia que asignaba la Iglesia Católica en el proyecto evangelizador de estos territorios. Esa capilla pionera en la localidad, ha sido restaurada e intervenida, varias veces y hoy mantiene el nombre original de Santuario San Sebastián de Copihuelpe. Ricardo Peña Figueroa (1953-1956) en la memoria de las historias familiares tiene presente estos momentos:

“Cuando mi papi tenía como 15 años (Beato Peña nacido en octubre de 1909) ayudaba con Omar Velásquez cuando se estaba construyendo la iglesia y la escuela, se quedaban a cuidar y ayudaban...tenían una bodega y ahí dormían con el tío Omar”.

Aparece en el recuerdo vecinal la categoría de “*escuela misional*”, que en La Araucanía fue pilar protagónico de los procesos de asi-

28 En 1982, la Universidad del Bío-Bío, a través de su Facultad de Arquitectura y Construcción, (Departamento de Patrimonio Cultural) realizó en el marco del seminario “Investigación de lugares de culto en el vicariato de La Araucanía” realizó un censo de estos lugares. El profesor responsable era Roberto Goicoolea Infante y un equipo de alumnos, que aplicaban en terreno las fichas. Al ser entrevistado en Copihuelpe, Juan Carlos Arriagada, (auxiliar paramédico de la posta) de ese entonces, la información que quedó registrado para el año de construcción de la capilla fue 1907, sin embargo, eso corresponde al año de fundación parroquial, lo que ha de ser correcto. Pero la capilla, propiamente tal lo fue en 1938. Este detalle, es un aspecto que contribuye a la confusión entre los vecinos respecto de la fecha exacta de construcción de ambas entidades.

milación del Pueblo Mapuche. Esta expresión material de la Iglesia Católica se complementaba con los programas de estudios de esa época, donde la religión se manifestaba como asignatura en el sistema educacional y expresión de la vida moral de la ciudadanía. Agregar su carácter obligatorio en los planes de estudios, tal cual lo señalaba el Reglamento General de Instrucción Primaria de 1898; para las denominadas *Escuelas Superiores y Elementales*, se contemplaba la obligación de impartir las asignaturas: *Castellano, Religión (Historia Sagrada y Catecismo), Matemáticas, Historia, Geografía, Ciencias físicas y Naturales, Instrucción Cívica, Caligrafía, Dibujo, Canto, Gimnasia, Ejercicios Militares, Trabajos Manuales, y en escuelas de niñas debía enseñarse también las asignaturas Labores de Mano y Nociones de Economía Doméstica* (Cano, 2011:132 en Candía, 2017:154).

Floridemia Peña Azócar (1953-1958); respecto de esta capilla aporta que: “*era una más grande con 2 torres*” y que, para el terremoto de Valdivia (1960) se destruyó parte de su estructura y en el marco de su reconstrucción se optó por re - edificar *con una sola torre*, infraestructura que se conserva en la actualidad. Sigisfredo Peña, (1961-1965) confirma la versión de sus parientes de ese entonces, que transmitieron a sus descendientes este tipo de pormenores, y que se traduce que en primer lugar se construyó la capilla y en esa infraestructura se realizaban también las actividades escolares; antesala de lo que sería más tarde la escuela propiamente tal.

No existen antecedentes claros y precisos sobre la congregación religiosa que inicialmente estaba a cargo de este proyecto educativo, aunque hay coincidencia en que posteriormente en 1938 en adelante fueron las Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón de Jesús provenientes de Purulón, no obstante, indistintamente para la comunidad eran conocidas como “*las monjitas*”. Una de las versiones locales firmemente recordada por algunos de los vecinos, es que la escuela y capilla (una primera y otra después) comenzaron a ser construida durante la década de 1920. Sin embargo, esa fecha comienza a ser cuestionada, cuando al revisar la escritura de la donación de dicho terreno, se comprueba que fue formalizada en 1935. Se tiende a suponer, que las construcciones a lo menos fueron a partir de ese año y posteriores. Si bien, existe el hecho concreto de la presencia de las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús en la escuela, los datos indican que estás podrían haber estado presentes des-

de 1938 en adelante, dado que las religiosas de dicha congregación establecidas en la casa matriz de Purulón, llegaron a Chile en 1936. Si hubiera habido escuela y capilla en Copihuelpe antes de 1935, las religiosas referidas, tendrían que corresponder a otra orden, y en ese marco presumiblemente y con mucho margen de dudas tendrían que haber sido de la Congregación de La Santa Cruz, que tenían su casa matriz en Loncoche.²⁹

Las religiosas post 1940 residían en una construcción anexa a la capilla e incluso durante algún tiempo vivieron allí algunos sacerdotes visitantes, también se recuerda que se contaba en ocasiones con ayudantes que eran religiosas postulantes o novicias. Ailsa Peña Figueroa (1958-1962) puntualiza:

“Las monjitas venían del lado de Loncoche para allá no me acuerdo bien, no de Villarrica; en ese tiempo hasta los curitas venían a alojarse acá. El padre Alejo, el padre Eulogio y pasaban por aquí (caminando) pa abajo como en ese tiempo no había locomoción llegaban el día sábado y se quedaban acá y el domingo hacían misa”.

Honorindo Calfulaf (1957-1962), refiere que:

“En el año 1957 empecé yo tiempo en que estaban las monjitas todavía, ellas estaban a cargo... había varias clases de monjitas, habían profesoras, una médica, las que atendían la misa y las “postulantes” (novicias) que se vestían como monjitas, pero no con la misma vestimenta, ellas eran las que tenían más contacto con nosotros con los estudiantes... las monjitas eran extranjeras, alemanas, eran muy apegadas a la tierra, hacían siembras y todas esas cosas”.

El rol de las “monjitas” en este proyecto educacional, es recordado y como tal Sinforiano Cortes Peña (1951-1957) recuerda a algunas de sus profesoras de ese entonces, y todas eran religiosas. En ese marco, “*Sor M. Ermelinda, Sor M. Carola, (eran hermanas biológicas con*

²⁹ La escritura, es una donación de Toribio Peña Astete a la Misión Capuchina, ante el notario público de Pitrufulquén (departamento de Villarrica) el tres de enero de 1935. La donación era una hectárea, situada en Copihuelpe en la comuna y subdelegación de Loncoche. Por la Misión Capuchina, compareció *Vicente de Oberheinnach, alemán, capuchino*, domiciliado en Padre Las Casas.

Ermelinda) y Sor M. Blanda, (era alemana, el nombre puede que suene raro, pero así se llamaba). Se agregan a esta lista: Sor M. Margarita, Sor M. Leticia, Sor M. Lisonia (alemana) y Sor M. Ana Ortiz (mi inolvidable profesora de 5° y 6°)”. Sinforiano complementa estableciendo que: “hubo otras, pero no recuerdo sus nombres. Las Hermanas alemanas eran siempre las ecónomas y se preocupaban de la mantención de la casa donde vivían, que eran piezas adosadas a la antigua Capilla”.

Foto N° 13



En el marco antes descrito, la escuela de Copihuelpe, respondía a las características de *Externados* o escuelas rurales que solían ser *estructuras aisladas* que tenían como función única y principal impartir educación; sin embargo, “muchas veces, esa función también se confundía con la laboral pastoral de los misioneros, llegando a formarse las llamadas “escuelas-capilla”, donde se ofrecían misas cada vez que el misionero visitaba el lugar (que podía variar entre una semana y varios meses) y también clases en el mismo espacio” (Candia, 2017:156). El protagonismo de las “*monjitas*” en la vida escolar y extraescolar era evidente, y Ailsa Peña Figueroa (1958 - 1962) señala:

“en los tiempos de las monjitas, no había reuniones de apoderados...a veces iban a las casas cuando se faltaba al colegio”.

Carlos Cortez Montes (1967-1972) comenta que en esa escuela estudiaron mapuches y también otros habitantes de la localidad, desde sus inicios *“cuando partieron las monjitas haciendo evangelización desde ahí”*.

Esta escuela si hubiera funcionado antes de 1938, tendría que haber dependido del Vicariato Apostólico de La Araucanía, más tarde Diócesis de Villarrica, establecimiento educacional que fue originalmente bautizado con un nombre de “Escuela N° 12 Santa Teresa” y así se mantuvo desde sus inicios hasta la década de 1960 cuando pasó a ser un establecimiento administrado por el Ministerio de Educación Pública como Escuela Fiscal N° 22, marcándose un hito formal en cuanto a que ya no es primordial la formación religiosa como énfasis curricular.³⁰

En cuanto a los materiales de estudio, consecuentemente con los contenidos de la educación impartida en los inicios de esta escuela, existían textos con elementos religiosos, que eran material oficial y de uso obligatorio en la asignatura de Religión, entre los que los entrevistados recuerdan las *“Historias Sagradas”*, así como también era común ver en las salas elementos o símbolos religiosos como crucifijos y otras imágenes. En el marco de la aplicación de los instrumentos recolectores de información, para efectos de la presente publicación, una de las entrevistadas (Maritza Vera Peña 1975 – 1981), exhibe y comparte una lámina pequeña de aquellas denominadas *“estampitas”* con una figura religiosa (Sagrado Corazón de Jesús) y atrás escrito un mensaje de *“Recuerdo de Sor Blanda”* fechado en el año 1945. Elemento que la entrevistada conserva dado que fue un regalo especial de parte de su madre, quien también estudió en esta escuela en aquellos años, lo que también refuerza el hecho de que en muchas familias del sector pasaron por estas aulas más de una generación, en algunos casos incluso vivieron la transición de ser una escuela con orientación misional a ser un establecimiento público o fiscal.

30 Desde la segunda mitad del siglo XIX, se desarrolla un proceso de secularización que se institucionaliza con la separación de la Iglesia y el Estado en la Constitución Política de 1925, lo que se expresa mediante distintas reformas políticas y sociales impulsadas por los gobiernos de la época, de tendencias más liberales, lo que afecta claramente a la educación que sufre cambios importantes.

Los estudiantes y también sus familias participaban activamente de las festividades religiosas católicas. Existe coincidencia en recordar que toda la comunidad escolar debían participar en “*los rezos y cánticos diarios*” durante el *Mes de María*, en noviembre culminando el 08 de diciembre para el “*día de la Inmaculada Concepción*”. Así todos los días los estudiantes organizados por turnos llevaban flores “*para la Virgen María*”, los cuales eran ramos que dejaban momentáneamente en un estero que rodea el sitio de la capilla en el “*límite con familia Velásquez Rosas*” para que estas flores se mantuvieran lozanas hasta entrada la tarde, momento en que se abría la capilla y eran depositadas en los floreros de dicho recinto.

Sigisfredo Peña Azocar (1961-1962) es nieto del vecino que donó a principios del siglo XX el terreno a la Iglesia Católica para construcción de capilla y escuela. En ese marco, manifiesta un activo compromiso con su fe y como tal es “*Animador de Comunidad Rural*” función de colaboración a la acción pastoral que ejerce el cura que atiende la capilla del sector. Sigisfredo recuerda que desde que era alumno de la escuela en la década de 1960, participaba en todas las actividades religiosas que se materializaban en la capilla, tales como: “*Mes de María, Semana Santa (Vía Crucis); Vigilia Pascual, novena de la Virgen del Carmen*”. Incluso en periodo de receso escolar por vacaciones estivales se mantenía esta vinculación y participaba en presentaciones para la comunidad en Navidad. También asistía al Catecismo para los niños y niñas del sector. En general, su compromiso era constante, y todas las acciones en este ámbito, sean “*Primera Comunión o Confirmación*” y los preparativos para la fiesta religiosa de la localidad, que tiene como patrono a San Sebastián, cada 20 de enero, eran instancias de reafirmación de su compromiso religioso.

Los 20 de enero ameritan una mención especial, dado que la celebración de San Sebastián era una oportunidad en que se oficiaba una misa con concurrencia de fieles de muchas localidades vecinas a Copihuelpe, e incluso provenían algunos de la ciudad de Loncoche y Villarrica. En esa ceremonia que concitaba la presencia de un importante número de vecinos, se celebraban: “*bautizos, primeras comuniones, confirmaciones y hasta matrimonios*”. En ocasiones las ceremonias finalizaban con una misa, y desde donde, los asistentes, “*iniciaban una procesión*” que implicaba llevar “*en andas*” la imagen de dicho santo y de la Virgen María. El recorrido implicaba, cruzar el camino e ingre-

sar a un potrero del frente de la capilla, “*donde los Velásquez*” como refiere Maritza Vera Peña, (1975-1981) para los años 80. Después de finalizado este rito, las familias se quedaban en el lugar y se procedía a compartir almuerzo; para lo cual las distintas agrupaciones comunitarias de la época, tales como los Centro de Padres de la escuela procedían a la venta de empanadas, otros alimentos, y bebidas para con ello recaudar fondos económicos para sus actividades.

En la actualidad aún se celebra la festividad de San Sebastián con algunas variaciones propias de la migración a la ciudad y los cambios en la adscripción de las personas a la Religión Católica que demuestran las cifras oficiales.³¹

Este importante evento de religiosidad comunitaria para este 20 de enero del 2025, por ejemplo, fue organizado por la agrupación de la Comunidad Católica San Sebastián de Copihuelpe (C. E. B.), fundada formalmente en 1975. Para esta fecha (20/01/2025) la misa estaba programada para las 11:00 horas, no obstante, la actividad en torno a la celebración comenzó mucho más temprano, dado se registró a varias personas y grupos de personas que concurrieron caminando a la capilla a prender velas al Santo de madrugada, a eso de 7 de la mañana, e incluso antes como parte de su “*manda*”.

El cura o “*padrecito*” como suele denominarle la gran mayoría de la comunidad y que realizó la misa en esta ocasión tiene una historia y un significado especial para la comunidad local. Se trata de un sacerdote joven, con familiares oriundos de la localidad de Huasqui, hijo de una familia mapuche, ampliamente conocida por todos, quien ingresó a la orden franciscana de los Frailes Carmelitas Descalzos. Se trata del Fray Luis Manquiñir Millahueque, que durante el ejercicio de su sacerdocio le ha correspondido servir en distintas parroquias en Chile e incluso desempeñarse como misionero en España, según se comentaba, destacándose que “él es quien ha pedido poder estar en esta misa del 20 de enero en Copihuelpe, celebración en que participaba desde niño junto a su familia”.³²

31 Según Censos de Población INE, en Chile la religión católica -aunque con presencia mayoritaria- ha venido descendiendo en los últimos 70 años. En 1930 un 97,7 % se reconocía católico; y ya para 2002 es de 72 %, así según Centro de Estudios CEP, puede afirmarse que el catolicismo mantiene una tendencia al descenso.

32 Para materializar con éxito esta festividad religiosa, la Agrupación sumado al esfuerzo de la comunidad católica de la localidad, ha debido realizar una serie de acciones previas,

Volviendo a los inicios de la escuela de Copihuelpe, el hecho que ambas entidades, escuela y capilla, estuvieran además en los hechos, físicamente aledaños y compartiendo espacios físicos y comunitarios, permitía transmitir también ciertos legados intergeneracionales a los estudiantes, quienes, posterior a la escuela, o fuera de su horario escolar, participaban de actividades de la capilla, como los “coros” o “talleres de guitarra” o aportaban musicalmente en las misas, y una vez adultos continuaban con sus hijos con estos mismos modelos tanto de escuela como de Iglesia. Actualmente, algunos de los vecinos, ex alumnos, participan en el coro y tocando guitarra en las misas que se desarrollan. La capilla ha sido punto de referencia no tan solo espiritual, también de servicio comunitario. En la década de 1960, cuando no existían los recursos tecnológicos de comunicación como en el presente, los exalumnos recuerdan que a mediodía se tocaban las campanas a las 12 del día, indicando a toda la comunidad que era mediodía.

En materia de transmisión de valores de convivencia y ciudadanía, los vecinos y vecinas que bordean los ochenta años establecen claramente su percepción respecto a valorar de forma muy superior, el pasado de la escuela en tiempos en que era administrada por una Congregación Religiosa, a través de las “monjitas”. Así es común escuchar que fue una “mejor educación”, y un mejor “tipo de formación” el que era impartido por las religiosas. Se reitera esta valoración dado que no solo enseñaban las asignaturas lectivas, sino que también transmitían “valores” e impartían “disciplina” inspirando mayor respeto de parte de los estudiantes.

Generalizadamente prima que la “educación de las monjitas” era mejor porque “entregaban principios y valores”, ejemplificando que su instrucción y enseñanza trascendía lo meramente académico preocupándose de instalar y reforzar hábitos de higiene y presentación

entre las que se cuentan, reuniones, recorridos, comisiones, visitas, ventas de alimentos y organización de una rifa para obtener recursos económicos. Esta última en base a donaciones excepto el primer premio que es un “cordero en pie”, que lo compran a precio especial a uno de los asociados. El 20 de enero de 2025, una hora antes del inicio de la misa, llegó la delegación de la Parroquia de Loncoche, con el cura que oficiaba la celebración y sus ayudantes. Entre estas últimas se incluía una señora que toca guitarra y canta en apoyo al coro local. Además de otros colaboradores que traen las estampitas y calendarios “bendecidos” que se reparten a cambio de un pago que se deposita en una gran caja de madera forrada con imagen del Santo que traen desde Loncoche que sirve como “alcancía”.

personal, modales, incidiendo en la socialización y las conductas de los alumnos. Se recuerda también desde la perspectiva actual, esta suerte de contracara, es decir respecto de las “*sanciones o castigos*” de las “*monjitas*” que para la época incluía algunos castigos físicos lo cual era tolerado e incluso avalado por los padres, como parte del proceso de educación. Aspecto que es justificado e incluso agradecido por quienes experimentaron estos particulares métodos de enseñanza escolar. Otro rol asumido por las religiosas era la preparación de los alumnos para “*recibir los sacramentos*”, labor constante y de tal profundidad en la dinámica de la escuela, que posterior a la retirada de estas religiosas, dicha tarea era realizada por los profesores laicos del establecimiento que ya estaba bajo el amparo del Ministerio de Educación Pública.

Foto N° 14



Conclusiones

A partir de la iniciativa visionaria y la motivación de un pequeño grupo de vecinas y vecinos de la comunidad, con la importante colaboración de la Universidad de La Frontera, se ha materializado esta invitación a conocer la historia de una escuela rural de la Región de La Araucanía. Fue un viaje hacia el pasado a través de la mirada y la memoria, gracias al aporte generoso de los verdaderos protagonistas y el alma de cualquier establecimiento de esta naturaleza, como son sus ex alumnos que atesoran muchos recuerdos de sus vivencias escolares, y son quienes durante los cerca de 80 años de funcionamiento ininterrumpido de esta escuela, Santa Teresa en sus inicios y Flor del Bosque después, aportaron con su energía vital de la infancia y adolescencia a dar vida y dinamismo a la comunidad de Copihuelpe, Fueron sus aventuras en los traslados por los antiguos caminos y senderos, con sus juegos en los recreos, sus participaciones en actos cívicos para sus familias, sus risas ruidosas, sus descubrimientos y su vida cotidiana.

En Chile desde los inicios de la república y hasta principios del siglo XX, pese a la incipiente concentración urbana del territorio, prevalecía mayoritariamente una población cuyo origen era eminentemente rural. De hecho, recordemos que las estadísticas referían que tres cuartas partes de nuestra población residían en los sectores rurales, asignado con ello un sello de cultura e identidad asociado a este origen. En la actualidad, en muchas zonas rurales del sur de Chile se presentan condiciones de vida donde prevalecen algunas diferencias a las áreas urbanas.

En Copihuelpe, los mismos actores sociales que hace 100 años iniciaron un proceso educativo y religioso, el cual presenta aspectos que se encuentran plenamente vigentes. Durante este proceso, con distintos énfasis, y herramientas, pero igual presentes en el territorio,

siguen protagonizando la vida comunitaria de esta localidad. En ese marco, es innegable el aporte y protagonismo de la Iglesia Católica desde esos años y hasta la actualidad, tanto en la escuela como en la capilla.

El impacto perenne en la memoria vecinal respecto de esta escuela rural, queda de manifiesto en el recuerdo vivido y pormenorizado en sus proyectos vitales de esos momentos de su vida escolar. Así, en la memoria vecinal de esta localidad se fusionan los recuerdos y por momentos se yuxtaponen trazos históricos de la escuela propiamente tal y de la Capilla Santuario San Sebastián, generando una amalgama de situaciones donde se torna difícil establecer límites.

Fueran sus inicios en la década de 1920 o de 1930, lo que es innegable, es que, en sus inicios, la educación de los niños y niñas de esas épocas, fueron desarrollados en espacios transitorios, precarios e inhóspitos y, a pesar de ello, la memoria vecinal no acepta las quejas ni subvaloran el sacrificio de esos procesos. Por el contrario, está como capital vital de la comunidad, esta evocación de experiencias vitales positivas e inolvidables asociadas a su paso por este establecimiento.

En este esfuerzo por preservar esta memoria vecinal; nuestra pretensión por sobre todo ha sido destacar, fijar en los relatos futuros, esta valoración vecinal en torno a este patrimonio cultural. En sus orígenes, estrechamente vinculada a la presencia católica, al punto que *“la jornada escolar continuaba en la capilla”* sigue manifestándose ya no en las aulas, pero sí en la capilla, donde actualmente dinamiza la vida religiosa de la localidad con el Santuario San Sebastián producto de la transmisión generacional de varias generaciones de vecinos y vecinas.

Mucho de la vida rural del sur de Chile y particularmente de las identidades locales, son producto de la memoria vecinal y comunitaria generada en torno a las escuelas rurales. Así, en Copihuelpe, no es casual que los *“recuerdos más recordados”*, emerjan de esa huella indeleble que la etapa escolar dejó en quienes aprendieron sus primeras letras en la escuela del sector. Surge en esta memoria la figura trascendente del profesor(a) rural y su compromiso con el proyecto educativo. Son precisamente los hombres y mujeres, integrantes de la comunidad escolar de ayer, quienes, a través de sus relatos de hoy,

rescatan la significación personal, social y cultural que ejerció en ellos este establecimiento educacional.

A través de una serie de acciones cotidianas donde los equipos docentes reforzaban la responsabilidad, asistencia, compromiso y respeto a sus entornos; la escuela de Copihuelpe instalaba en sus estudiantes los primeros aprestos para la vida ciudadana en su comunidad. Así este establecimiento rural, marcó generaciones a través de enseñanzas académicas, transmisión de valores y experiencias perennes en la memoria de quienes fueron sus estudiantes; y hoy son portadores de muchos de esos valores ciudadanos. La reconstitución de esos primeros esbozos de ciudadanía aflora y persiste pese al paso de los años, dada su significación para estos actores, fijando en la memoria colectiva de Copihuelpe, una alta valoración de esta institución que forma parte de la historia e identidad local del sector. Esta escuela rural -en ese marco- cumple la función social de constituir el primer acercamiento al ejercicio de la ciudadanía en contextos de aislamiento rural e incomunicación en la primera mitad del siglo veinte.

Los orígenes de la escuela de Copihuelpe poseen una profunda significación valórica, por cuanto se fundó a raíz de un genuino acto de filantropía vecinal, expresado en la generosidad de un integrante de la comunidad que donó un terreno para su emplazamiento y construcción. Este hecho histórico, generó una férrea vinculación entre la comunidad y los actores que operacionalizaron la institucionalidad escolar por décadas. Origen filantrópico que contribuyó a forjar un derrotero común entre escuela y comunidad; caracterizado por la estrecha conexión sociocultural, más aun considerando su carácter misional inicial. La sinergia, entre el establecimiento y su entorno adquirió distintas manifestaciones de cooperación y solidaridad para con esta escuela rural; donde las familias destinaban importantes insumos, como *“leña y alimentos”*, y aportaban para limpieza, reparaciones e incluso con recursos humanos para su funcionamiento y consolidación. También el ejercicio de un rol multifacético del profesor(a) rural en conciliar otros aspectos de la vida comunitaria.

Muchas de las vivencias de la etapa escolar son recordadas como travesuras infantiles, que implicaron transgresiones y suelen ser omitidas en los relatos. Las primeras sanciones individuales y co-

lectivas de parte de la institucionalidad educativa fueron consecuencia de dichas acciones, como: “*los olvidos, atrasos, omisiones, desórdenes*” y osadías estudiantiles, las que debieron ser corregidas cotidianamente; instalando así una moral básica, que se traducía en un conjunto de normas consistentes para el momento histórico de cada generación de estudiantes. Estos primeros ejercicios normativos orientadores de la conducta fueron asociados principalmente a procesos de convivencia e interacción entre los vecinos de la comunidad, promoviendo una cultura del respeto por el otro; por las familias; por el “*predio ajeno*”, y la valoración del estilo de vida y trabajo campesino. Así, las escuelas rurales fueron un importante nicho, sino el único, de la normatividad colectiva para la comunidad escolar y que, por extensión, influía significativamente entre todos los residentes de los sectores donde se emplazaban estos establecimientos educacionales.

La escuela rural construyó una arquitectura filosófica, cuyo eje central se orientaba a construir “*personas de bien*” e incidir en una mejor calidad de vida para sus comunidades escolares. El futuro implicaba una proyección de mejora que en general era asociada a una inevitable emigración hacia el mundo urbano, ya que las ciudades eran vistas como sinónimo de progreso. Este principio orientador respecto de educar para contribuir a la movilidad social de las generaciones jóvenes constituye una plataforma identitaria profunda de la educación rural, que es transversal y se impone por sobre otros aspectos. A través de la historia, la administración escolar en determinados momentos fue ejercida por la Iglesia Católica, el Estado y finalmente por el Municipio; cambios en institucionalidades que para la comunidad no tenía mayores implicancias ni complejidades, dado que el elemento fundamental en la memoria colectiva como expectativa para los integrantes de la localidad, era solamente que se cumpliera con esta máxima que asistir a la escuela era “*para ser alguien en la vida*”.

Foto N° 15



Bibliografía

- Bengoa, J. (1990) *Haciendas y Campesinos, Historia Social de la Agricultura Chilena*. Santiago: Sur.
- Candia, F. (2017) “La Escuela Misional entre los mapuche: ensayos para una “Escuela Indígena” en La Araucanía (1896-1924)”, *Revista Anuario de Historia de la Educación*, Volumen 18, N° 2, 2017, Santiago de Chile. Instituto de Historia. Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Centro de Estudios Públicos CEP, Hinzpeter Ximena, y Lehmann Carla, Mapa de la Religiosidad ¿Cuán religiosos somos los chilenos?, en *Revista Puntos de Referencia*, N° 207, marzo 1999, Santiago Chile.
- Davinson, G. (2007) *Historias locales, ejercicios de futuro: Cholchol pasado y presente*. Temuco: Gobierno Regional de La Araucanía.
- Davinson, G. (2014) *Relatos etnográficos*. Temuco: Ediciones Universidad de La Frontera. Diócesis de Villarrica. Historia de la Diócesis. <https://diocesisdevillarrica.cl/historia-diocesis/>
- Dulfflocq A. (1972) *Silabario Hispanoamericano*, Santiago, Chile: Editorial Lord Cochrane. S. A. Educar sin agua. <https://www.fundacionamulen.cl/tag/educar-sin-agua/>
- El río Cruces. <https://riosdelsur.cl/2021/09/02/el-rio-cruces/>
- Hermosilla, B. (1998) *La Educación Parvularia en la Reforma: Una contribución a la equidad*. Chile: Ministerio de Educación. Junaeb servirá la última cena en bandeja. *La cuarta*, <https://www.lacuarta.com/cronica/noticia/junaeb-cena-bandeja/361468/>
- Iglesias Frontera, Misión de Purolón. <https://iglesiasfrontera.wixsite.com/purulon>
- Iglesias Frontera, Evangelización, Misiones y Frontera Mapuche. <https://iglesiasfrontera.wixsite.com/purulon/evangelizacion>
- Municipalidad de Loncoche, Juntas de Vecinos y Organizaciones Comunitarias - Ley N°21.146; Registros públicos de organizaciones vigentes. <https://www.portaltransparencia.cl/PortalP->

- dT/directorio-de-organismos-regulados/?org=MU148
- Martínez, C. (1991), “Políticas colonizadoras de Chile en el siglo XIX: la ilusión modernizadora, Araucanía 1813-1913”, en *Estudios Sociales* N°69, Santiago.
- Municipalidad de Loncoche, Plan de Desarrollo Comunal Loncoche 2003-2010. https://loncochetransparente.cl/index.php/component/docman/cat_view/142-otros-antecedentes/146-plan-de-desarrollo-comunal
- Municipalidad de Loncoche, Plan de Desarrollo Comunal Loncoche, PLADECO 2010-2015 “Tus sueños, tu comuna, tu futuro”, octubre 2010. <https://loncochetransparente.cl/dmdocuments/pladeco/pladeco%202010-2015.pdf>
- Municipalidad de Loncoche, Plan de Salud Municipal Loncoche, PLASAM 2024, Departamento de Salud Municipal. <https://loncochetransparente.cl/dmdocuments/Plasam/PLASAM%202024.pdf>
- Museo de la Educación Gabriela Mistral. La educación primaria rural en Chile (1920-1970). <https://www.museodelaeducacion.gob.cl/coleccion/es/la-educacion-primaria-rural-en-chile-1920-1970>
- Provincia Latinoamericana Chile. <https://www.hermanasdelasantacruz.cl/hermanas/>
- Robichaux, D. (2024). La comunidad “corporada” cerrada en el México pos-indígena. *RUNA, Archivo Para Las Ciencias Del Hombre*, 45(1), 19-40. <https://doi.org/10.34096/runa.v45i1.14262>
- Véliz, C. (1984): *La tradición centralista de América Latina*, España, Ariel.

Foto N° 16



Agradecimientos

Esta sección, puesta al último, pero a nuestro juicio la más importante de todo el libro, nos permite pedir las disculpas por nuestra falta de creatividad porque no podemos dejar de acogernos a la fórmula ritual, “de agradecer y pedir disculpas por las omisiones”. Muchas son las instituciones y personas que colaboraron desinteresadamente en este trabajo y comprometen nuestros agradecimientos.

A los entrevistados, todos ex estudiantes de la escuela que respondieron entrevista y también en algunos casos aportaron documentos: Sinforiano Cortés Peña; Ricardo Peña Figueroa; Floridemia Peña Azócar; Honorindo Calfulaf Millahueque; Ailsa Peña Figueroa; Sigisfredo Peña Azócar; Carlos Cortez Montes; Juana Ebner Calfulaf; Maritza Vera Peña; Gloria Calfulaf Santos; Mónica Milla-filo Calfueque y Natalia Canio Vera. Mención especial a don Oscar Arriagada Inzunza, quien aportó con dos cuentos de su autoría incluidos en este libro. A Doris Bucarey Sepúlveda, quien nos aportó parte de sus investigaciones en pregrado y nos describió el juego del “luche” en los años de 1940”

A las organizaciones comunitarias: Junta de Vecinos N° 12 Copihuelpe, y su presidente Sigisfredo Peña Azócar; Comunidad Mapuche Cosquilla Rayén y su presidente Cristóbal Calfulaf Navarrete; Agrupación Comunidad Católica de Base Santuario San Sebastián y su presidente Jorge Arriagada Calfulaf y al Comité de Agua Potable Rural Huaqui-Copihuelpe, a través de su secretaria administrativa y socia Ingrid Vera Peña y al secretario Milton Arriagada Hernández.

A los cuidadores de la escuela: Enrique Velásquez Rosas y Floridemia Peña Azocar.

Al equipo en terreno: Patricia Flandez Vera residente de Copihuelpe (entrevistas); Vicente Cerda Vera estudiante de la Universidad de La Frontera (fotografías); Ingrid Vera Peña (apoyo logístico)

y Patricio Flandez Peña (movilización, información y aporte de documentos de su abuelo Beato Peña Cortés).

A nivel institucional, a la Municipalidad de Loncoche en las personas de: Fernando Vergara (Departamento de Administración de la Educación Municipal) y Consuelo Gebhard (Gabinete Alcaldía). Al archivo de la Diócesis de Villarrica, en la persona de M. Cecilia Romero Aguirre.

Anexos

1: Cédula de Identidad de don Beato Peña Cortes, uno de los hijos del donante del terreno, quien participó como ayudante de maestros constructores de la escuela, cuyos hijos y nietos fueron estudiantes de la escuela de Copihuelpe.

2: Copia de Escritura de donación de una hectárea de terreno de don Toribio Peña Astete a Misión Capuchina, predio destinado a capilla y escuela, con un valor fijado en 500 pesos de la época. Escritura inscrita en el Conservador de Bienes Raíces de Pitrufoquén de fecha 03 de enero de 1935 que rola a fojas 3 N° 4.

3: Segunda Hoja de Escritura de donación de una hectárea de terreno de don Toribio Peña Astete a Misión Capuchina. En subinscripción consta que este predio donado se “anotó en Repertorio bajo en N° 1758 y se inscribió hoy a fojas 619 con el N° del Registro de Propiedades”.

4: Pequeña estampita “de bolsillo”, aportada por Maritza Vera Peña quien estudió en la Escuela de Copihuelpe entre 1975 y 1981. Se trata de un artículo de especial significado para la entrevistada, ya que corresponde a un regalo de su madre Corina Peña (error en apellido se debe a que asistía en compañía de sus primos Arriagada Peña), firmada por una de las recordadas “monjitas profesoras” Sor Blanda, fechada en 1946 muestra la iconografía del Sagrado Corazón de Jesús, Congregación de Religiosas a cargo del establecimiento en esa fecha.

Anexo 1

DIRECCION GENERAL DEL REGISTRO CIVIL E IDENTIFICACION

Nº *5818-Roncoche*

Certifico que la firma, fotografía e impresión digital pertenecen a:

Don *Berto Cortes*

Nacido el *2 de Septiembre* de 19*26*

Nacionalidad *Chilena*

Estado Civil *casado*

Profesión *carpintero*

Lee *Chile* Escr. *Chile*

Domicilio *La Cruz 144*

Firma del interesado *Berto Cortes*

de *Julio* de 19*66*

de 19*26* Valida hasta el *9 de Julio* de 19*66*

REPUBLICA DE CHILE

Jefe del Gabinete

Impresión Digital



Observaciones: *Go. Juan Figueroa*

Bertini

Alto Cero Roncoche

REPUBLICA DE CHILE

Tras. 44 del 2

Julio 1966

Revalidada en el Gabinete de Identificación de *Chile* hasta el *9 de Julio* de 19*66*

19*66*



Anexo 2





REPUBLICA DE CHILE
VALIDO PARA EL MUNDO
1935 - 36
Cincuenta Centavos

#2-12
Copihuelga 7
1935.

Ps. 3.- N° 4.-

(2)

DONACION

PERA A. TORIBIO

A

- MISION CAPUCHINA. -

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

En Pitrafquen, departamento de Villarrica, a tres de Enero de mil novecientos treinta y cinco, ante mi, Zenen Gonzalez Rebellede, Notario Publico de este departamento y testigos que al final se espresaran, comparecieron don Toribio Peña Astete, chileno, casado, agricultor, domiciliado en Copihuelpi de este departamento, por si, y don Vicente de Oberleinnach, aleman, capuchino, domiciliado en Padre Las Casas departamento de Temuco, por la Mision Capuchina, ambos mayores de edad, a quienes conozco y espusieron: el señor Peña viene en hacer donacion gratuita e irrevocable en favor de la Mision Capuchina de Villarrica, para quien acepta el señor Oberleinnach, de un predio de terreno de una hectarea de superficie, situado en Copihuelpi, comuna y subdelegacion Lancoche de este departamento, que forma parte de la hijuela de ciento ochenta y cinco hectareas y veinte areas, que hubo por concesion fiscal, inscrita a fojas doscientos cincuenta y ocho bajo el numero cuatrocientos sesenta y tres del Registro de Propiedad de mil novecientos treinta y tres.

de don matras de frente por

Anexo 3

//del señor Peña, separado por el camino publico de Loncoche a Villarrica; Oriente, resto tambien de la hijuela del señor Peña, separado por un esterito sin nombre; y Poniente y Sur, resto de la hijuela del señor Peña.-Los contratantes asignan a este predio un valor de quinientos pesos.-El señor Peña transfiera a la Mision Capuchina el dominio y posesion del predio deslindado.-Facultan a quien presente copia para que requiera y firme la inscripcion correspondiente.-En comprobente, previa lectura, firman con los testigos de este domicilio don Jose Alvial y don Juvenal Lamperein.-El pago de contribuciones se acredita con el siguiente boletin: Comuna de Loncoche.-Rol seiscientos sesenta y seis.-Peña A. Toribio.-Avaluo: dos mil novecientos pesos.-Conforme.-Se da copia en papel competente y se pago el impuesto de cincuenta centavos que corresponde a esta escritura.-Doy fe.-Toribio Peña.-P. Vicente de Oberleimach.- J. Alvial Diaz.-J. Lamperein I.-Z. Gonzalez R.- N. y C.- PASO ANTE MI: SELLO Y FIRMA:-

[Firma manuscrita]


*Certifico, que se anotó en el Repertorio de
 folio N° 1458 y se inscribió hoy a fs. 619 con
 el N° 1269 del Registro de Propiedades a mi
 cargo. Las contribuciones se hallan pagadas. Pi-
 tropgura, Noventa y dos mil novecien-
 tos treinta y cinco.*

[Firma manuscrita]



Anexo 4



Foto N° 17



La escuela rural de Copihuelpe, ubicada en el sector rural de la comuna de Loncoche, marcó la vida de varias generaciones de vecinos de esta localidad en la Región de La Araucanía. Fundada en la década de 1920 y denominada “Santa Teresa” en ese entonces, pasó a llamarse “Flor del Bosque” al momento de su cierre en 2005. Infraestructura que subsiste aún hoy, resistiendo al paso del tiempo, al deterioro, pero no al olvido de su comunidad.

A partir de una iniciativa comunitaria, con la colaboración de la Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de La Frontera, este libro es una invitación a conocer la historia de esta escuela rural, principalmente desde la mirada de sus exalumnos. La trascendencia de la escuela en el ámbito rural, hace imposible el olvido de las vivencias en las aulas, las aventuras en los traslados por antiguos caminos, los juegos en los recreos, las participaciones en actos cívicos, la alimentación escolar, los profesores y los aprendizajes. El trabajo etnográfico se complementa con un registro fotográfico de este establecimiento, como una forma de rescate, preservación y proyección al futuro de la educación rural en estos territorios.



UNIVERSIDAD
DE LA FRONTERA
FACULTAD DE EDUCACIÓN,
CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

www.ariadnaediciones.cl

